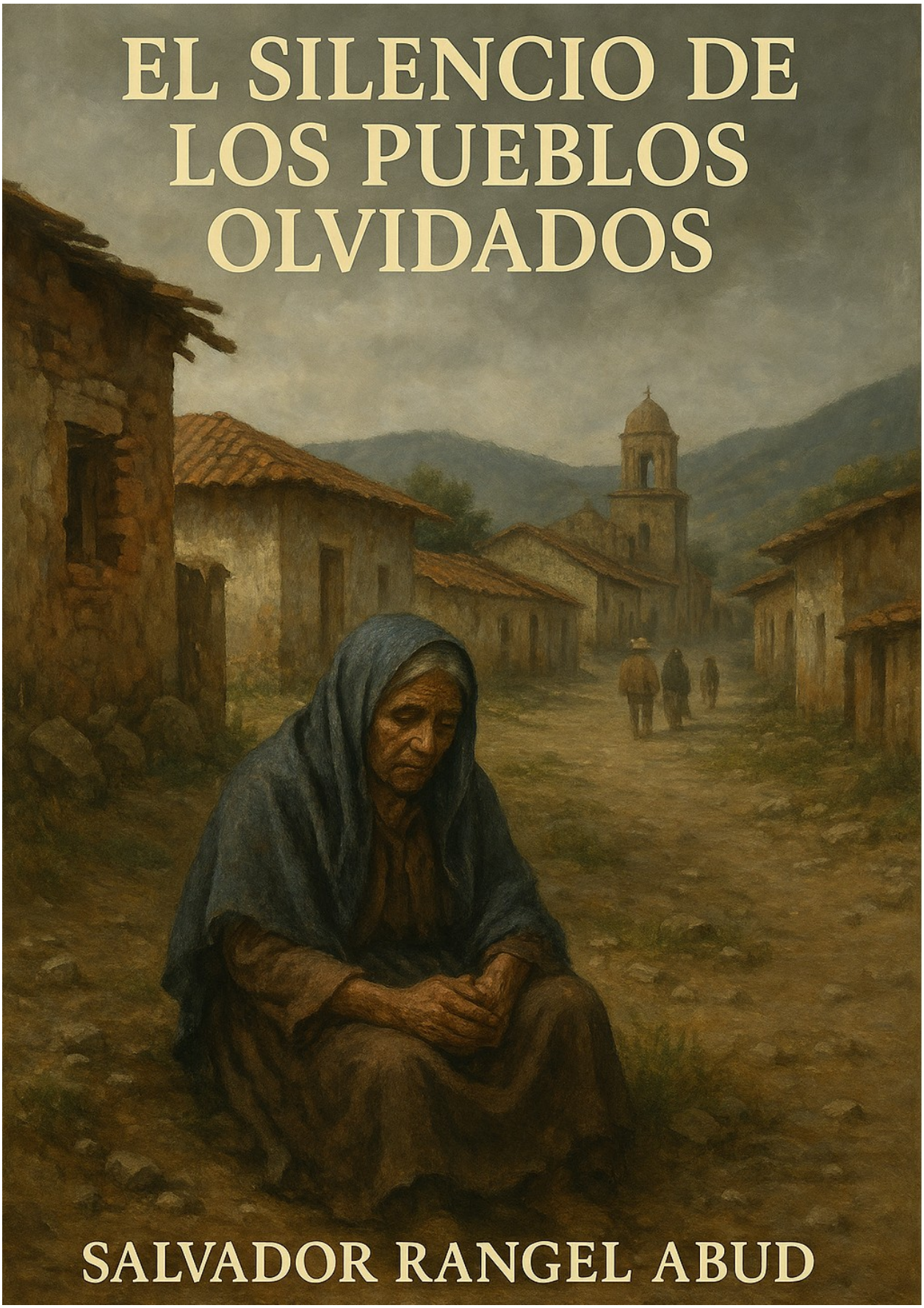
EL SILENCIO DE LOS PUEBLOS OLVIDADOS
SALVADOR RANGEL ABUD

EL SILENCIO DE LOS PUEBLOS OLVIDADOS

Una novela de Salvador Rangel Abud

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones explícitas y sostenidas de violencia estructural, control territorial por grupos criminales, corrupción institucional, despojo de tierras, miedo colectivo, desapariciones forzadas implícitas, sometimiento social, coacción armada y deterioro psicológico derivado de la violencia cotidiana. Se abordan temas sensibles como la pérdida de la dignidad, la normalización del miedo, la complicidad forzada y la muerte simbólica de comunidades enteras.

El contenido puede resultar perturbador para algunos lectores. Se recomienda discreción y lectura consciente, especialmente para personas que hayan vivido experiencias relacionadas con violencia comunitaria o trauma social.

Esta obra no glorifica la violencia. Por el contrario, busca denunciarla y mostrar sus efectos devastadores sobre individuos y pueblos enteros, ofreciendo una reflexión ética y humana sobre la memoria, la resistencia silenciosa y la necesidad de no olvidar.

Sinopsis

El Cerro de las Águilas es un pueblo que todavía aparece en los mapas, pero que ha dejado de existir en todo lo demás. Sus calles, sus casas, su iglesia y sus habitantes permanecen en pie, pero algo esencial se ha ido apagando lentamente: la libertad.

A través de una voz narrativa que observa desde el límite entre la vida y la muerte, esta novela reconstruye la transformación de un pueblo mexicano sometido sin guerra abierta, sin batallas visibles y sin héroes armados. La conquista ocurre de manera silenciosa: primero con la presencia, luego con el miedo, después con el silencio convertido en costumbre.

Capítulo a capítulo, se revelan las historias de hombres y mujeres comunes —campesinos, sacerdotes, adolescentes, madres, soldados— que aprenden a sobrevivir en un territorio donde la ley ha sido sustituida por la amenaza y donde la obediencia se impone sin necesidad de balas. Las tierras cambian de dueño sin papeles honestos, los sueños se castigan, la fe se vacía, los jóvenes son marcados como advertencia y el Estado observa sin ver.

El silencio de los pueblos olvidados es una novela sobre la violencia que no siempre deja cadáveres visibles, pero que mata de otra forma: borrando la voluntad, la memoria y la esperanza. Es la historia de cómo se muere un pueblo sin que nadie lo declare oficialmente muerto, y de cómo, aun entre las ruinas morales, persiste una voz que se niega a desaparecer.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y escritor aficionado. Su formación científica y su interés en los procesos sociales le han permitido abordar, desde la literatura, los efectos profundos de la violencia estructural y la descomposición institucional en las comunidades.

Como autor, se interesa en narrar aquello que suele permanecer oculto: los mecanismos silenciosos del miedo, la normalización del horror y las formas en que la dignidad humana resiste incluso en contextos de sometimiento extremo.

Detalles de la publicación

Género: Novela social / Ficción literaria / Testimonio narrativo
Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Publicado en: Internet Archive

Nota del autor

Esta novela nació de la necesidad de nombrar aquello que, en muchos pueblos de México, ya no se puede decir en voz alta. El silencio que atraviesa estas páginas no es una metáfora: es una condición impuesta, una estrategia de control y una forma de muerte social.

El Cerro de las Águilas no es un lugar específico, pero podría ser muchos. Es la suma de comunidades donde la violencia no siempre se manifiesta como explosión, sino como presencia constante; donde el miedo se vuelve rutina y la resignación se confunde con paz.

Escribí esta obra como un acto de memoria y de resistencia narrativa. Contar estas historias no devuelve la vida a los pueblos heridos, pero impide que desaparezcan del todo. Mientras se nombren, mientras se lean, mientras alguien las recuerde, no habrán sido completamente derrotados.

Licencia

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución–NoComercial–SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:
Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:
Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.
NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Texto completo de la licencia:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

© 2025 Salvador Rangel Abud
Todos los derechos reservados bajo los términos de la licencia CC BY-NC-ND 4.0

Palabras clave
violencia estructural, pueblos olvidados, narcoviolencia, control territorial, silencio social, miedo colectivo, despojo de tierras, corrupción, impunidad, memoria, novela social, México contemporáneo

Temas principales
• La muerte simbólica de los pueblos
• El miedo como mecanismo de control
• La normalización de la violencia
• La complicidad forzada y el silencio
• El despojo territorial y humano
• La ausencia del Estado
• La memoria como forma de resistencia
• La dignidad frente al sometimiento

ÍNDICE

Capítulo 1: "Del polvo al polvo"
Capítulo 2: "Los nuevos dueños"
Capítulo 3: "El tributo de la tierra"
Capítulo 4: "La misa de los domingos"
Capítulo 5: "Los soldados que no ven"
Capítulo 6: "El mar que nunca se vio"
Capítulo 7: "Las mujeres del silencio"
Capítulo 8: "El último trago"
Capítulo 9: "Los niños del miedo"
Capítulo 10: "La tumba sin nombre"
Capítulo 11: "El viento de la montaña"
Capítulo 12: "Los que se quedaron y los que se fueron"
Epílogo: "El eterno retorno"

EL SILENCIO DE LOS PUEBLOS OLVIDADOS

"En México, hasta los
muertos se quieren ir de mojados"

Capítulo I

"Del polvo al polvo"

Vine al Cerro de las Águilas porque me dijeron que aquí vivía mi tío Abundio. Eso me dijeron. Que vivía aquí. Pero ahora, viendo el pueblo desde esta loma junto a las cruces de madera carcomida, me pregunto si el hombre que está allá abajo, cerrando su cantina con movimientos lentos y cansados, sigue siendo mi tío Abundio o si se ha vuelto otra cosa, como todo lo demás en este lugar donde hasta el aire parece haberse cansado de llegar.

El pueblo se extiende abajo como herida abierta en la falda de la montaña. Las casas encaladas se aferran a la piedra como dientes flojos en mandíbula enferma. Puedo ver las calles serpenteando entre muros de adobe, todas llevando a la plaza central donde se alza la iglesia con su campanario mudo.

Es extraño. No recuerdo haber subido hasta aquí. Tampoco recuerdo haber llegado al pueblo, ni haber hablado con mi tío Abundio, aunque lo veo ahí abajo, abriendo y cerrando su cantina todos los días, sin saber que su sobrino está aquí arriba, mirándolo, tratando de entender qué le pasó al hombre que me enseñó a tallar madera cuando yo era niño. Pero estoy aquí, viendo cómo el sol se arrastra perezoso por encima de los techos de teja, proyectando sombras que se estiran como dedos de muerto señalando hacia ninguna parte.

Una mujer vestida de negro camina por la calle principal, pegada a la pared como si quisiera fundirse con el adobe. Lleva un cántaro en la cabeza y sus pasos levantan pequeñas nubes de polvo que el viento arrastra hacia los cerros. No mira a los lados. Camina como quien conoce el peso de ser vista.

El viento trae ruidos: el rebuzno de un burro, el ladrido distante de un perro, el crujir de una puerta que se abre y se cierra. Pero hay algo más en el aire, algo innombrable. Un silencio que suena más fuerte que todos los ruidos

juntos. Un silencio que se ha metido en las casas, en las calles, en el corazón mismo del pueblo.

Un hombre cruza la plaza. Lleva sombrero de palma y camisa blanca remendada. Se detiene junto a la fuente seca del centro, mira a un lado y otro, como si esperara algo. O como si temiera algo. Luego sigue caminando, pero más aprisa, hacia la tienda de ventanas entabladas.

¿Qué clase de lugar es este donde la gente camina como si pisara cristales rotos?

El camino que lleva al pueblo es una cinta de tierra apisonada que se pierde entre mezquites y pitahayas. Un camino que debe haber visto pasar carretas cargadas de maíz, arrieros con sus bestias, niños corriendo descalzos hacia la escuela. Ahora está vacío. Vacío como los corrales de la orilla del pueblo, donde debería haber ganado y solo hay hierbas secas creciendo entre postes carcomidos.

El sol sube y con él llega el calor, pero es un calor raro, como si viniera de adentro de la tierra y no de arriba. Un calor que huele a cosa quemada, a copal viejo, a algo que no logro identificar. Cierro los ojos y trato de recordar cómo llegué aquí, pero mi memoria es como pozo seco donde las palabras rebotan sin encontrar agua.

Abro los ojos y el pueblo sigue ahí, inmóvil bajo el sol que ya pica. De algunas casas sale humo, delgados hilos grises que se alzan rectos hacia el cielo antes de deshacerse en la nada. Cocinas encendidas para hacer tortillas, para hervir frijoles, para calentar café amargo. Señales de que la vida continúa, aunque sea a medias, aunque sea con miedo.

Hay casas que no echan humo. Casas con puertas cerradas a cal y canto, con ventanas como ojos ciegos. Casas que parecen esperar algo, o huir de algo. Casas que guardan secretos que es mejor no preguntar.

Me levanto y camino entre las cruces. Cruces de madera, cruces de hierro oxidado, cruces de piedra que el tiempo ha ido limando hasta volverlas casi lisas. Algunas tienen nombres, fechas, oraciones escritas con letras torcidas. Otras están mudas, como si la muerte que guardan fuera tan completa que ni siquiera mereciera un nombre.

Ahí está la cruz de Evaristo Montes, que murió "en la paz del Señor" según dice la inscripción. Ahí la de Soledad Ibarra, "madre ejemplar". Ahí la de Tomás Jiménez, que solo tiene una fecha: el año pasado. Una fecha muy reciente para una cruz tan carcomida por el tiempo.

Entre los muertos puedo ver mejor la verdad del pueblo. Puedo ver cómo las calles se van quedando vacías cuando el sol se pone. Cómo las luces se apagan temprano, como si la noche trajera algo que es mejor no enfrentar con los ojos abiertos. Cómo los perros se meten debajo de los carros al menor ruido, como si supieran algo que los hombres prefieren ignorar.

Y veo algo más: huellas de llantas en el camino principal. Huellas recientes que hablan de vehículos que llegan de noche y se van antes del amanecer.

Huellas que van desde el camino de entrada hasta el edificio más grande del pueblo, esa construcción nueva que no estaba en mis recuerdos de El Cerro de las Águilas.

El viento vuelve a soplar y trae el tintineo de las campanas de la iglesia. Pero es un doblar extraño, sin ritmo, como si el viento las moviera y no las manos del sacristán. Un doblar que suena más a lamento que a llamada para la oración.

El padre Cipriano sale de la iglesia. Es un hombre encorvado, con la sotana remendada y el paso cansado de quien ha perdido la fe pero no el oficio. Camina hacia la casa cural mirando al suelo, como si buscara algo que se le hubiera caído hace mucho tiempo y ya no recordara qué era.

El pueblo entero parece buscar algo perdido. Las mujeres que van por agua al pozo comunal. Los hombres que se sientan en la sombra de los portales. Los niños que juegan en silencio, sin gritos, sin risas, como si hubieran olvidado que la infancia tiene derecho a hacer ruido.

Todos buscan algo que se les fue. Todos esperan algo que no va a llegar. Todos viven como si estuvieran muertos, y yo, que estoy aquí entre las cruces viendo todo esto, me pregunto si no será que los muertos somos nosotros y los vivos son ellos, los que están ahí abajo, arrastrando sus sombras por las calles polvorientas de El Cerro de las Águilas.

El sol está ya muy alto cuando veo llegar los vehículos. Dos camionetas negras que levantan una nube de polvo al entrar al pueblo. Se detienen en la plaza y de ellas bajan hombres que no pertenecen a este lugar. Hombres que caminan como si fueran los dueños de todo lo que ven.

Y entonces entiendo por qué el pueblo está tan silencioso. Por qué la gente camina pegada a las paredes. Por qué las casas tienen las ventanas cerradas en pleno día. Por qué los niños juegan sin hacer ruido y los perros se esconden al menor movimiento.

Entiendo que El Cerro de las Águilas no es un pueblo olvidado por casualidad. Es un pueblo que alguien quiso que fuera olvidado. Un pueblo que alguien necesita que permanezca en silencio.

Y yo, aquí arriba, en este lugar donde descansan los que ya no pueden hablar, soy tal vez el único testigo de lo que está pasando. El único que puede contar la historia que nadie quiere que se cuente. Ni siquiera mi tío Abundio, que sirve tragos a los mismos hombres que destruyeron su pueblo, que sonríe a los mismos que mataron sus sueños, que vive como si no supiera que su sobrino está aquí arriba, muerto, viendo cómo la vida que conocíamos se pudre como fruta olvidada.

La historia de cómo se muere un pueblo sin que nadie se dé cuenta. La historia de cómo el miedo se vuelve costumbre y la costumbre se vuelve ley. La historia de El Cerro de las Águilas, que era un pueblo y ahora es otra cosa. Algo que no tiene nombre, pero que duele como herida abierta en el corazón de México.

Capítulo 2

"Los nuevos dueños"

No llegaron de golpe, como llegan las tormentas o las desgracias. Llegaron como llega la sequía: poco a poco, sin que nadie se diera cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Primero fue uno, luego dos, después ya no se podía contar cuántos eran porque se habían vuelto parte del paisaje, como las piedras o los mezquites.

Puedo ver cómo empezó todo. Don Crescencio, el que era presidente municipal, sentado en su oficina aquella tarde de marzo cuando llegó el primero de ellos. Un hombre joven, de camisa blanca y pantalón de mezclilla, que no parecía distinto a cualquier otro que viniera del pueblo de al lado a vender queso o a buscar trabajo.

—Buenos días tenga usted —le dijo a don Crescencio—. Vengo a platicarle de un negocio que puede convenir a todos.

Don Crescencio, que era hombre de pocas palabras y muchas desconfianzas, lo miró de arriba abajo antes de contestar.

—¿Qué clase de negocio?

—De protección —dijo el hombre, y se sentó sin que lo invitaran—. Este pueblo está muy solo, muy abandonado. Cualquier cosa puede pasarle a la gente. Robos, secuestros, violaciones. Cosas feas que es mejor evitar.

—Aquí no pasa nada de eso. Aquí la gente es tranquila.

—Claro que es tranquila —sonrió el hombre—. Y nosotros queremos que siga siendo así. Por eso venimos a ofrecerles nuestros servicios. Una cuota mensual, muy pequeña, y nosotros nos encargamos de que la tranquilidad no se pierda.

Don Crescencio se quedó callado un rato largo. Afuera se oía el rebuzno de un burro y el grito de una mujer llamando a sus hijos. Ruidos cotidianos que pronto se volverían extraños en El Cerro de las Águilas.

—¿Y si no queremos esos servicios? —preguntó por fin.

El hombre siguió sonriendo, pero ahora su sonrisa era diferente. Como la sonrisa de un perro que enseña los dientes.

—Bueno, sería una lástima. Porque entonces no podríamos garantizar que la tranquilidad se mantenga.

Don Crescencio entendió. Claro que entendió. Había vivido suficiente para saber cuándo una oferta no era una oferta sino una orden. Y había vivido suficiente para saber que a veces es mejor doblar la cabeza que perderla.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Poco. Muy poco. Mil pesos mensuales del ayuntamiento. Y los comerciantes, quinientos cada uno. Los que tienen tierras, según lo que tengan. Es justo.

Don Crescencio suspiró. Mil pesos que no tenía, que tendría que sacar de algún lado, que tendría que explicar en las cuentas que nadie revisaba pero que de todos modos había que rendir.

—Está bien. Pero que no haya problemas.

—No va a haber problemas. Nosotros somos gente de palabra. Mientras se pague, todo estará tranquilo.

Esa fue la primera vez. La primera de muchas. Después vinieron más hombres, más demandas, más explicaciones de por qué era conveniente para todos que las cosas siguieran así. Vinieron a hablar con don Abundio, el de la tienda, con don Evaristo, el de las tierras, con el padre Cipriano, con la maestra Soledad, con todos los que tenían algo que perder.

Y todos dijeron que sí. Todos pagaron. Todos entendieron que había un nuevo orden en El Cerro de las Águilas y que era mejor adaptarse que resistirse.

No hubo violencia al principio. No hubo sangre ni gritos ni lamentos. Solo la presencia constante de los hombres que se habían vuelto parte del pueblo sin ser del pueblo. Hombres que se sentaban en la cantina de don Abundio sin pedir permiso, que caminaban por las calles como si fueran suyas, que saludaban a las mujeres con una sonrisa que helaba la sangre.

La plaza, que antes era el corazón del pueblo, se fue volviendo un lugar extraño. Los niños dejaron de jugar ahí. Los viejos dejaron de sentarse en las bancas a platicar de la lluvia y las cosechas. Las mujeres dejaron de juntarse en la fuente seca para intercambiar chismes y remedios caseros.

Ahora la plaza era de ellos. De los nuevos dueños. Ahí estacionaban sus camionetas, ahí hacían sus juntas, ahí recibían a los visitantes que llegaban de noche y se iban antes del amanecer. Ahí establecieron su reino silencioso, su dominio sin coronas ni banderas, pero más firme que cualquier gobierno.

El miedo, cuando se instala en un lugar, es más efectivo que cualquier ley. El miedo no necesita policías ni soldados. El miedo se policía a sí mismo, se alimenta de sí mismo, crece como mala hierba en tierra fértil.

Y El Cerro de las Águilas era tierra muy fértil para el miedo.

Doña Carmen, la que vendía quesadillas en la esquina de la iglesia, comenzó a guardar su comal más temprano cada día. Los muchachos que antes jugaban fútbol en el llano ahora se encerraban en sus casas cuando el sol se ponía. Las madres contaban a sus hijos antes de cerrar las puertas, como si el aire mismo se hubiera vuelto peligroso.

Los nuevos dueños no necesitaron hacer nada más que estar ahí. Su presencia era suficiente. Su silencio era más elocuente que cualquier amenaza. Su manera de mirar, de caminar, de ocupar el espacio, decía todo lo que había que decir.

Don Crescencio murió seis meses después de aquella primera conversación. Murió de tristeza, dijeron. De la tristeza de ver cómo se le había ido de las manos el pueblo que había gobernado durante quince años. De la tristeza de

saber que ya no era el presidente de nada, sino el administrador de una derrota.

Su lugar lo tomó su hijo, Jacinto, que era más joven y más dócil, más dispuesto a entender que las cosas habían cambiado y que ya no había vuelta atrás.

—Es lo que hay —decía Jacinto cuando alguien se quejaba de los nuevos impuestos, de las nuevas reglas, de la nueva manera de vivir—. Es lo que hay y hay que aguantarlo.

Y la gente aguantó. Porque no había alternativa. Porque los caminos que llevaban a otros pueblos se habían vuelto peligrosos. Porque los teléfonos no funcionaban cuando se necesitaban. Porque los soldados que de vez en cuando pasaban por el pueblo miraban hacia otro lado y seguían de largo.

Porque El Cerro de las Águilas se había vuelto un lugar que no existía en los mapas oficiales. Un lugar que había caído en un agujero negro de la geografía nacional, donde las leyes de la República no llegaban y donde otras leyes, más simples y crueles, habían tomado su lugar.

Puedo ver cómo el pueblo se fue transformando. Cómo las casas se fueron cerrando sobre sí mismas, como caracoles que se esconden en su caparazón. Cómo las calles se fueron vaciando de risas y llenando de susurros. Cómo el aire mismo se fue espesando con el peso de las palabras no dichas.

Los nuevos dueños no necesitaron cambiar las leyes. Las cambiaron con su sola presencia. No necesitaron poner banderas ni escudos. Su bandera era el silencio y su escudo era el miedo. No necesitaron hacer discursos ni proclamas. Su mensaje era claro sin palabras: "Esto es nuestro ahora. Ustedes viven aquí porque nosotros se los permitimos."

Y así fue como El Cerro de las Águilas dejó de ser un pueblo mexicano para convertirse en otra cosa. En un territorio sin nombre, en un lugar que existía pero no existía, en un pedazo de México que había sido arrancado de México sin que nadie se diera cuenta.

Un lugar donde la única ley era la ley del más fuerte, y donde la única justicia era la que se compraba con silencio y obediencia.

Un lugar donde yo, en esta loma de cruces y recuerdos, soy tal vez el único testigo de cómo se muere un pueblo sin que nadie dispare una sola bala. De cómo se mata la esperanza sin derramar una gota de sangre. De cómo se conquista un territorio sin mover un solo soldado.

La conquista más perfecta es la que no se ve. La que no se cuenta. La que no existe en los periódicos ni en los reportes oficiales. La que se vuelve parte del paisaje, como las piedras o los mezquites, hasta que ya nadie recuerda que alguna vez las cosas fueron diferentes.

Hasta que ya nadie recuerda que El Cerro de las Águilas fue, alguna vez, un pueblo libre.

Capítulo 3

"El tributo de la tierra"

Don Evaristo Montes tenía cinco hectáreas de la mejor tierra del valle. Cinco hectáreas que había heredado de su padre, que las había heredado del suyo, que las había ganado trabajando de sol a sol cuando El Cerro de las Águilas era apenas un caserío perdido en la montaña. Tierra negra, tierra buena, tierra que daba maíz como ninguna otra en la región.

Puedo ver esas cinco hectáreas. Puedo ver cómo eran cuando él las trabajaba: surcos rectos como renglones de un libro, milpa alta que se mecía con el viento, elotes gordos que prometían buena cosecha. Puedo ver también cómo están ahora: yermas, con otros cultivos, con otros dueños, con otra historia.

Todo empezó un martes de octubre, cuando don Evaristo estaba seleccionando la semilla para la siembra de temporal. Llegó uno de los nuevos dueños, un hombre alto y flaco que se hacía llamar el Licenciado, aunque nadie sabía de qué.

—Buenos días, don Evaristo —le dijo—. Vengo a platicar con usted de un asunto importante.

Don Evaristo siguió escogiendo granos de maíz, separando los mejores de los que tenían gusano o estaban picados. No alzó la vista. Había aprendido ya que era mejor no mirar directamente a los ojos de esos hombres.

—Usted tiene buenas tierras. Tierras que dan buen maíz. Pero el maíz ya no es negocio, don Evaristo. Los precios están por los suelos. El gobierno ya no compra como antes. La gente prefiere comer otras cosas.

Don Evaristo siguió con sus granos. Sabía que el hombre tenía razón a medias. Los precios sí estaban bajos, el gobierno sí había dejado de comprar, pero el maíz seguía siendo maíz. Lo que se había comido siempre, lo que se iba a comer siempre.

—Nosotros tenemos una propuesta. Una propuesta que le puede convenir. Seguimos siendo socios. Usted pone la tierra, nosotros ponemos el capital y la experiencia. Cincuenta y cincuenta. Parejo.

—¿Socios en qué? —preguntó don Evaristo, aunque ya sabía la respuesta.

—En agricultura moderna. Cultivos de exportación. Cosas que se venden bien del otro lado.

Don Evaristo dejó caer los granos que tenía en la mano. Se quedó viendo cómo rodaban por el suelo de tierra apisonada, perdiéndose entre los surcos que habían hecho las gallinas.

—Yo no sé de eso. Yo solo sé de maíz.

—No se preocupe. Nosotros sabemos. Usted nada más deja que trabajemos la tierra y al final del año dividimos las ganancias.

—¿Y si no quiero?

El Licenciado se quedó callado un momento. Luego se agachó y recogió uno de los granos que don Evaristo había dejado caer. Lo miró contra la luz, como si fuera una joya.

—Don Evaristo, usted es un hombre inteligente. Sabe que los tiempos han cambiado. Sabe que ahora hay que pagar por la seguridad, por la tranquilidad, por seguir viviendo en paz. Sus tierras son muy bonitas, pero también son muy vulnerables. Cualquier cosa puede pasarles. Plagas, sequías, incendios. Cosas que uno no puede controlar.

Don Evaristo entendió. Entendió que no era una propuesta sino una orden. Entendió que sus cinco hectáreas ya no eran suyas, aunque los papeles siguieran teniendo su nombre.

—¿Cuánto me toca?

—Treinta por ciento. Es justo. Usted pone la tierra, nosotros ponemos todo lo demás.

—Dijiste cincuenta y cincuenta.

—Eso era antes de considerar los gastos. Semilla, fertilizantes, mano de obra, transporte, seguridad. Todo eso cuesta. Al final, treinta por ciento está bien.

Don Evaristo se quedó callado. Treinta por ciento de qué, se preguntaba. Treinta por ciento de ganancias que él no iba a ver, de un negocio que no entendía, de unos cultivos que no conocía.

—Está bien —dijo. Qué más podía decir.

Ese fue el primer paso. El segundo llegó dos meses después, cuando el Licenciado regresó con otros hombres y camionetas cargadas de bultos que no eran semilla de maíz.

—Don Evaristo, hay un problema. Los permisos para exportar están tardando. Mientras tanto, tenemos que sembrar algo que se venda aquí, en el mercado nacional. Algo que dé dinero rápido.

Don Evaristo vio cómo descargaban los bultos en sus tierras. Vio cómo llegaban peones que no eran de El Cerro de las Águilas, hombres jóvenes con la cara dura y las manos que no habían conocido la azada ni el arado.

—¿Qué van a sembrar?

—Hierbas medicinales. Para té, para remedios caseros. Hay mucha demanda.

Don Evaristo no era tonto. Sabía que esas hierbas medicinales se cosechaban de noche, se secaban en lugares ocultos, se empacaban en bodegas vigiladas por hombres armados. Sabía que el té que se hacía con esas hierbas no se tomaba en tazas sino que se fumaba en pipas, se inyectaba en venas, se vendía en esquinas de ciudades que él nunca había visto.

Pero se quedó callado. Porque ya no tenía opción. Porque sus cinco hectáreas ya no eran suyas aunque siguieran siendo suyas. Porque el treinta por ciento que le habían prometido se había vuelto veinte, luego quince, luego diez, luego nada.

—Hay gastos imprevistos —le explicaba el Licenciado cada vez que don Evaristo preguntaba por su parte—. Equipo nuevo, seguridad extra, permisos especiales. Pero no se preocupe. El año que viene todo estará mejor.

El año que viene nunca llegó. O llegó, pero trajo menos dinero, más gastos, más problemas. Llegó con la noticia de que las tierras necesitaban mejoras, que había que pagar por el agua, por la electricidad, por la vigilancia. Llegó con la cuenta de todo lo que don Evaristo les debía y que no sabía que debía.

—Mire, don Evaristo —le dijo el Licenciado una tarde de julio, cuando el calor apretaba y las plantas misteriosas crecían altas y verdes en lo que antes era su milpa—. Hemos hecho cuentas. Usted nos debe más de lo que vale su parte. Lo mejor es que nos firme los papeles y quedamos a mano.

—¿Qué papeles?

—Los de la venta. Nosotros nos quedamos con las tierras y usted queda libre de deudas. Es un buen trato.

Don Evaristo se quedó viendo sus cinco hectáreas. Las cinco hectáreas que había heredado de su padre, que su padre había heredado del suyo, que su abuelo había ganado trabajando de sol a sol. Las cinco hectáreas que ahora cultivaban otros, que ahora cuidaban otros, que ahora eran de otros.

—¿Y si no firmo?

El Licenciado suspiró, como si la pregunta lo cansara.

—Don Evaristo, usted es un hombre mayor. Tiene nietos, tiene familia. Sería una lástima que por una terquedad suya pasara algo malo. Firme los papeles y todo queda en paz.

Don Evaristo firmó. Firmó con la mano temblando, con el corazón roto, con la certeza de que estaba entregando más que cinco hectáreas. Estaba entregando su historia, su herencia, su razón de existir.

Firmó y se quedó sin nada. Sin tierra, sin dinero, sin esperanza. Se quedó nada más con la casa donde había nacido y la vergüenza de haber perdido lo que tres generaciones habían construido.

Murió seis meses después. Murió de tristeza, dijeron. De la tristeza de ver cómo sus tierras daban cosechas que él no reconocía, cómo se llenaban de hombres que él no conocía, cómo se habían vuelto territorio extranjero en su propio pueblo.

Murió sabiendo que no había sido el único. Que don Jacinto había perdido sus tres hectáreas de la misma manera. Que doña Remedios había entregado su huerto de aguacates por deudas que no recordaba haber contraído. Que uno por uno, todos los pequeños propietarios de El Cerro de las Águilas habían ido perdiendo sus tierras sin violencia, sin sangre, sin gritos.

Perdiendo la tierra como se pierde la salud: poco a poco, sin darse cuenta, hasta que ya es demasiado tarde.

Las cinco hectáreas siguen ahí. Puedo verlas con sus cultivos nuevos, vigiladas por hombres armados, regadas con agua que no es del pueblo, cosechadas por manos que no son de aquí.

Puedo ver cómo El Cerro de las Águilas se fue quedando sin agricultores, sin ganaderos, sin gente que viviera de la tierra. Cómo se fue volviendo un pueblo de empleados, de peones, de gente que trabajaba tierra ajena para patrones que no conocían.

Y puedo ver cómo don Evaristo, aunque esté muerto, sigue cuidando esas cinco hectáreas que ya no son suyas. Sigue velando por la tierra que perdió, por la herencia que no pudo dejar, por el futuro que le robaron a sus nietos.

Porque la tierra, aunque cambie de dueño, nunca olvida quién la trabajó con amor. Nunca olvida las manos que la acariciaron, las semillas que la alimentaron, los sueños que la hicieron fértil.

La tierra tiene memoria. Y la memoria de don Evaristo vive en cada surco, en cada grano de maíz que ya no se siembra, en cada amanecer que ya no lo encuentra preparando la yunta para otro día de trabajo.

Aquí, los muertos también tienen voz. Y la voz de don Evaristo sigue contando la historia de cómo se roba una tierra sin necesidad de balas ni sangre. De cómo se mata a un agricultor sin necesidad de matarlo.

De cómo se conquista un pueblo hectárea por hectárea, sueño por sueño, hasta que ya no queda nada de lo que una vez fue.

Capítulo 4

"La misa de los domingos"

El padre Cipriano celebra misa todos los domingos a las once de la mañana, como ha hecho durante los últimos veinte años. Pero ya no es la misma misa. Ya no es el mismo padre. Ya no es la misma iglesia.

Puedo verlo desde el campanario de San Miguel Arcángel, preparándose para la misa de este domingo. Se pone la casulla verde, la de los domingos ordinarios, la que tiene remendada la manga derecha desde que se la desgarró consolando a la viuda de Hermenegildo Sánchez. Revisa las lecturas, aunque las conoce de memoria. Se persigna antes de salir de la sacristía, aunque ya no está seguro de si Dios lo escucha.

La iglesia se va llenando poco a poco. Vienen las mujeres con sus rebozos negros, los hombres con sus sombreros en la mano, los niños jalados para que no hagan ruido. Vienen como siempre han venido, pero ahora caminan diferente. Ahora miran hacia atrás antes de entrar. Ahora se sientan en las bancas de adelante, las que antes nadie quería, dejando vacías las de atrás.

Porque las bancas de atrás ya tienen dueño. Las ocupan ellos, los nuevos dueños del pueblo. Se sientan ahí sin quitarse los sombreros, sin persignarse, sin abrir libro de oraciones. Se sientan como quien se sienta en su propia casa, como quien tiene derecho a estar en cualquier lugar que se le ocurra.

El padre Cipriano comienza la misa.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —responde la congregación, pero es un amén débil, un amén que suena más a pregunta que a afirmación.

—Hermanos, reconozcamos nuestros pecados para participar dignamente en esta celebración.

¿Cuáles pecados? El pecado de callar cuando deberían hablar. El pecado de agachar la cabeza cuando deberían alzarla. El pecado de seguir vivos cuando tantos otros ya no están.

—Yo confieso ante Dios todopoderoso... —murmuran los fieles, golpeándose el pecho en el momento indicado. Pero sus golpes suenan huecos, como si golpearan un tambor vacío.

El padre Cipriano alza la mirada hacia la imagen de San Miguel Arcángel que preside el altar. San Miguel con su espada levantada, San Miguel pisando al demonio, San Miguel que alguna vez protegió a este pueblo y ahora parece haber volteado la cara hacia otro lado.

—Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros. Perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Pero ¿cuál vida eterna? ¿Esta vida de miedo que ya parece eterna? ¿Esta muerte en vida que hemos aprendido a llamar supervivencia?

Llega el momento de la primera lectura. La lee doña Esperanza, la que antes era catequista y ahora es la única que se atreve a subir al ambón. Lee con voz temblorosa un pasaje del profeta Jeremías: "Así dice el Señor: Maldito el hombre que confía en el hombre y hace de la carne su apoyo..."

Las palabras resuenan en las paredes encaladas de la iglesia, pero no llegan a los corazones. Porque en El Cerro de las Águilas ya no hay lugar para las maldiciones de los profetas. Aquí las maldiciones se han vuelto realidad y los profetas se han quedado mudos.

Un celular suena en las bancas de atrás. Uno de los nuevos dueños contesta sin levantarse, sin salir de la iglesia, sin mostrar el menor respeto por el lugar donde está. Habla en voz baja, pero su presencia grita más fuerte que cualquier palabra.

El padre Cipriano se detiene un momento. Mira hacia atrás, hacia las bancas ocupadas por los hombres armados. Sus ojos se encuentran con los de uno de ellos, un hombre joven de bigote recortado que lo mira con una sonrisa que no es sonrisa.

El padre Cipriano baja la mirada y continúa con la misa.

—Salmo responsorial. El Señor es mi pastor, nada me falta.

¿Nada le falta? ¿Nada le falta a este pueblo que ha perdido la paz, la esperanza, la dignidad? ¿Nada le falta a esta gente que vive como ovejas entre lobos?

—En verdes praderas me hace descansar —continúa doña Esperanza.

Pero las praderas de El Cerro de las Águilas ya no son verdes. Son grises como el miedo, cafés como la tierra seca, negras como las noches sin luna en que se oyen ruidos que es mejor no identificar.

—Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo.

¿Dónde está Dios cuando los niños no pueden jugar en la calle? ¿Dónde está cuando las mujeres no pueden ir solas al pozo? ¿Dónde está cuando los hombres desaparecen y nadie pregunta por ellos?

Llega el momento del evangelio. El padre Cipriano lee con voz cansada las bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos."

¿Bienaventurados? ¿Bienaventurados los que han perdido hasta el derecho a soñar? ¿Bienaventurados los que viven de rodillas para no morir de pie?

"Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra."

Pero en El Cerro de las Águilas los mansos no heredan nada. Los mansos pierden sus tierras, sus casas, sus hijos. Los mansos se mueren de tristeza mientras otros se quedan con todo.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados."

¿Consolados por quién? ¿Por Dios que se ha vuelto sordo? ¿Por la justicia que se ha vuelto ciega? ¿Por la esperanza que se ha vuelto muda?

El padre Cipriano termina de leer el evangelio y se queda un momento en silencio. Es el momento de la homilía, el momento en que debería explicar la palabra de Dios, el momento en que debería dar esperanza a su rebaño.

Pero ¿qué puede decir? ¿Qué palabras de consuelo puede ofrecer a un pueblo que vive en pecado mortal? No el pecado de la carne, sino el pecado del silencio. El pecado de la complicidad. El pecado de seguir respirando mientras otros se ahogan.

—Hermanos —dice por fin—, las lecturas de hoy nos hablan de la confianza en Dios. Nos hablan de la esperanza que debemos mantener siempre, aun en los momentos más difíciles.

Sus palabras suenan huecas, como nueces sin carne. Suenan como las palabras de un hombre que ya no cree en lo que dice, que repite fórmulas aprendidas de memoria para llenar el silencio.

—Debemos confiar en que Dios conoce nuestras necesidades. Debemos creer que Él tiene un plan para nosotros, aunque no lo entendamos.

¿Cuál plan? ¿El plan de convertir a El Cerro de las Águilas en un territorio sin ley? ¿El plan de entregar a los justos en manos de los injustos? ¿El plan de castigar a los inocentes por los pecados de otros?

Una risa ahogada llega de las bancas de atrás. Uno de los hombres armados se divierte con algo que le muestra otro en su teléfono. No les importa estar

en la casa de Dios. No les importa la misa ni las oraciones ni el respeto que se debe a los lugares sagrados.

Porque para ellos no hay lugares sagrados. Para ellos todo es territorio conquistado, todo es propiedad privada, todo está bajo su dominio.

El padre Cipriano los mira un momento y luego aparta la vista. Sigue con su homilía, pero ahora habla más rápido, como si quisiera terminar pronto.

—Oremos por nuestro pueblo. Oremos para que Dios nos dé la paz que necesitamos.

Pero ¿qué paz puede haber cuando la justicia brilla por su ausencia? ¿Qué paz puede haber cuando el miedo se ha vuelto costumbre? ¿Qué paz puede haber cuando hasta en la casa de Dios se respira la amenaza?

Llega el momento de la consagración. El padre Cipriano alza la hostia:

—Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.

¿Entregado a quién? ¿A los que han convertido la casa de Dios en su territorio? ¿A los que han hecho del pueblo una finca privada? ¿A los que han convertido a los hombres libres en esclavos?

Alza el cáliz:

—Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros.

Pero en El Cerro de las Águilas la sangre que se derrama no es por redención. Es por miedo, por venganza, por el simple placer de demostrar quién manda. Es sangre que mancha en lugar de limpiar, que condena en lugar de salvar.

La misa termina como empezó: con palabras vacías, con gestos mecánicos, con la sensación de que Dios se ha ido de su propia casa y ha dejado las llaves en manos de otros.

—Podéis ir en paz —dice el padre Cipriano.

¿En paz? ¿Qué clase de paz es esta donde los corderos conviven con los lobos? ¿Qué clase de paz es esta donde el silencio se ha vuelto la única oración posible?

La gente sale de la iglesia en silencio, con la cabeza baja, sin los comentarios de siempre sobre el sermón o el tiempo. Salen como salen los fantasmas: sin hacer ruido, sin dejar rastro, sin molestar a nadie.

Los últimos en salir son ellos, los nuevos dueños. Salen riéndose, comentando algo entre dientes, como si hubieran asistido a una función de teatro donde ellos fueran los únicos que entendían la broma.

El padre Cipriano se queda solo en el altar, quitándose la casulla verde con movimientos lentos y cansados. Se ve más viejo que sus sesenta años, más derrotado que un hombre que ha perdido una guerra.

Puedo verlo sentarse en la sacristía y quedarse mirando la pared. Mirando la pared donde cuelga un crucifijo que alguna vez le dio esperanza y ahora solo le recuerda que hasta Dios puede ser derrotado.

Puedo ver cómo se pregunta si vale la pena seguir celebrando misa en una iglesia donde ya no habita la fe. Si vale la pena seguir hablando de amor en un lugar donde reina el odio. Si vale la pena seguir siendo sacerdote en un pueblo donde Dios parece haber tirado la toalla.

Y puedo ver también cómo, a pesar de todo, se prepara para la misa del próximo domingo. Porque a veces la esperanza no es una virtud, sino una condena. A veces seguir creyendo es más difícil que morir.

En El Cerro de las Águilas, hasta la fe se ha vuelto un acto de resistencia. Una resistencia silenciosa, inútil, pero resistencia al fin.

La única que nos queda a los que ya no podemos hacer otra cosa que recordar cómo eran las cosas cuando Dios todavía vivía en su casa.

Capítulo 5

"Los soldados que no ven"

A tres kilómetros de El Cerro de las Águilas, por el camino que lleva a la carretera federal, está el destacamento militar. Dieciocho soldados y un capitán que se llama Rodolfo Aguirre, aunque todos le dicen mi capitán, como si el nombre fuera un lujo que no se pudiera permitir.

Puedo ver el destacamento: una construcción de block y lámina, rodeada de alambre de púas y sacos de arena, con una bandera mexicana que ondea sin ganas en el asta del patio central. Puedo ver también a los soldados: muchachos de dieciocho, veinte años, que vinieron de Chiapas, de Oaxaca, de otros estados pobres a cumplir su servicio militar en este lugar que no aparece en los mapas de importancia.

El capitán Aguirre llegó hace seis meses, cuando el anterior fue trasladado de urgencia a la capital por "problemas de salud". Problemas de salud que se parecían mucho a problemas de conciencia, según se comentaba en el pueblo. Problemas de salud que llegaron justo después de que encontraran el cuerpo de Hermenegildo Sánchez con tres balazos en la cabeza y una nota que decía: "Por preguntar lo que no debe."

El capitán Aguirre es un hombre gordo, de bigote canoso y manos pequeñas que siempre están ocupadas con un vaso de cerveza o un plato de carnitas. Llegó con la orden de "mantener la paz y el orden" en El Cerro de las Águilas, y desde entonces se ha dedicado a cumplir esa orden interpretándola a su manera.

Su manera es muy simple: lo que no se ve, no existe. Lo que no se reporta, no pasó. Lo que no se investiga, no es problema.

Está sentado en el porche de su oficina, bebiendo una cerveza tibia mientras lee un periódico de la capital que tiene tres días de retraso. Es jueves por la tarde y hace calor, el tipo de calor que invita a no hacer nada, a no ver nada, a no pensar en nada.

A las cuatro de la tarde llega la visita de siempre. Una camioneta negra se detiene frente al destacamento y de ella baja un hombre que todos conocen como el Contador. No es contador de profesión, sino de muertos. Pero ese nombre no se usa en conversaciones formales.

—Buenas tardes, mi capitán —dice el Contador, subiendo al porche sin que lo inviten.

—Buenas tardes —responde el capitán Aguirre sin levantar la vista del periódico—. ¿Cómo está el negocio?

—Bien, gracias a Dios. Sin novedades. Todo tranquilo.

—Así me gusta —dice el capitán, y cierra el periódico—. ¿Cerveza?

—No se moleste, mi capitán. Vengo nada más a saludarlo, a ver si necesita algo.

El capitán Aguirre se queda pensando un momento, mirando hacia el pueblo que se ve a lo lejos, blanco y quieto bajo el sol de la tarde.

—Fíjese que sí necesito algo. Mis muchachos están aburridos. Tanto tiempo sin hacer nada los está poniendo nerviosos. A lo mejor podríamos organizar un operativo, para que se ejerciten.

—¿Qué tipo de operativo, mi capitán?

—Un recorrido por el pueblo. Revisión de documentos, búsqueda de armas, ese tipo de cosas. Nada serio, solo para que la gente vea que estamos aquí.

El Contador sonríe. Es una sonrisa que no llega a los ojos, una sonrisa que parece dibujada con lápiz sobre papel.

—Excelente idea, mi capitán. Pero a lo mejor sería mejor hacerlo mañana por la noche. Después de las ocho, cuando ya no haya niños en la calle.

—¿Por qué después de las ocho?

—Por seguridad, mi capitán. Hay gente que se asusta fácil. Si ven soldados armados, pueden pensar que algo malo está pasando.

El capitán Aguirre asiente. Claro, hay que cuidar a la gente del susto. Hay que protegerla de sus propios miedos.

—Está bien. Mañana a las ocho y media. Pero que sea un operativo completo. Que revisen todo lo que tengan que revisar.

—Por supuesto, mi capitán. Todo lo que tengan que revisar.

El Contador se va como llegó, sin hacer ruido, sin dejar rastro. El capitán Aguirre sigue con su cerveza y su periódico, satisfecho de haber cumplido con su deber: organizar un operativo para mantener la paz y el orden.

Al día siguiente, a las ocho y media de la noche, cuando las calles de El Cerro de las Águilas están vacías y las ventanas cerradas, sale el operativo. Doce soldados con sus fusiles, sus linternas, sus botas que suenan fuerte en el empedrado de las calles.

Puedo ver cómo se mueven. Cómo van de casa en casa, tocando puertas, pidiendo documentos, revisando patios. Cómo la gente los recibe con miedo,

con respeto, con la gratitud forzada de quien sabe que la visita no es opcional.

Puedo ver también cómo evitan ciertas casas. Cómo pasan de largo frente a la construcción nueva donde viven los nuevos dueños. Cómo no tocan la puerta de la bodega grande que está al final del pueblo, donde se guardan bultos que huelen a fertilizante pero no son para el maíz.

Puedo ver cómo los soldados jóvenes, los que vinieron de Chiapas y Oaxaca, miran con extrañeza estas casas que no se revisan. Cómo se preguntan entre ellos, con los ojos nomás, por qué algunas puertas no se tocan, por qué algunos patios no se registran.

Puedo ver cómo el sargento Hernández, el que manda el operativo, los calla con una mirada. Cómo les explica, sin palabras, que hay cosas que es mejor no ver, lugares que es mejor no conocer, preguntas que es mejor no hacer.

El operativo termina a las once de la noche. Los soldados regresan al destacamento con las manos vacías, sin haber encontrado nada porque no buscaron nada. Regresan con la tranquilidad de haber cumplido con su deber: mantener la paz y el orden sin alterar la paz y el orden.

El capitán Aguirre los espera en el patio del destacamento, satisfecho de ver que todo salió bien. Que no hubo problemas, que no hubo quejas, que no hubo nada que reportar.

—¿Cómo estuvo todo, sargento? —pregunta.

—Bien, mi capitán. Sin novedad. La gente muy tranquila, muy cooperativa.

—¿Encontraron algo?

—Nada, mi capitán. Todo en orden.

—Perfecto. Así me gusta. Pueblo tranquilo, pueblo feliz.

Los soldados se van a dormir con la conciencia tranquila de haber servido a la patria. Se van a dormir sin saber que acaban de participar en una obra de teatro donde ellos eran los actores principales sin saberlo.

Porque el operativo no era para encontrar algo. Era para no encontrar nada. Era para demostrar que el ejército mexicano está presente en El Cerro de las Águilas, que vigila, que protege, que mantiene el orden. Era para que la gente del pueblo viera que hay autoridad, que hay ley, que hay justicia.

Era para que nadie pudiera decir que el gobierno ha abandonado a El Cerro de las Águilas. Para que nadie pudiera quejarse de que no hay soldados, de que no hay operativos, de que no hay quien cuide la seguridad.

Puedo ver cómo funciona el sistema. Cómo los soldados que deberían proteger al pueblo lo protegen de sí mismo. Cómo los que deberían perseguir a los criminales los persiguen para no encontrarlos. Cómo los que deberían hacer justicia la hacen cerrando los ojos.

Puedo ver cómo el capitán Aguirre se acuesta cada noche con la conciencia tranquila, sabiendo que ha cumplido con su deber. Que ha mantenido la paz

en El Cerro de las Águilas, aunque sea la paz de los cementerios. Que ha mantenido el orden, aunque sea el orden de los que mandan sin autoridad.

Puedo ver cómo los soldados jóvenes, los que vinieron de otros estados pobres, aprenden poco a poco las reglas del juego. Aprenden que hay cosas que no se ven, aunque estén a la vista. Aprenden que hay lugares que no se conocen, aunque se pase por enfrente todos los días. Aprenden que hay preguntas que no se hacen, aunque la respuesta sea obvia.

Aprenden que ser soldado no es defender a la patria, sino defender a los que pueden pagarle a la patria. Aprenden que el uniforme no es para proteger a los débiles, sino para proteger a los fuertes de los débiles. Aprenden que la bandera que ondea en el patio del destacamento es solo un trapo que se mueve con el viento, sin peso, sin significado, sin honor.

Y aprenden, sobre todo, que la ceguera es una enfermedad que se contagia. Que la sordera es una condición que se adquiere. Que la mudez es una virtud que se cultiva.

Porque en El Cerro de las Águilas, los soldados que mejor cumplen con su deber son los que no ven nada, no oyen nada, no dicen nada. Los que están ahí para no estar, los que vigilan para no vigilar, los que protegen para no proteger.

Los soldados que han aprendido que la mejor manera de servir a la patria es traicionarla todos los días, un poco, sin hacer ruido, sin dejar rastro, sin que nadie se dé cuenta.

Los soldados que han descubierto que la cobardía, cuando se disfraza de prudencia, puede ser muy parecida al valor. Que la complicidad, cuando se disfraza de obediencia, puede ser muy parecida al honor. Que la traición, cuando se disfraza de servicio, puede ser muy parecida al patriotismo.

Puedo ver cómo el destacamento militar de El Cerro de las Águilas cumple con su misión. Una misión que no está escrita en ningún manual, que no se enseña en ninguna escuela militar, que no se menciona en ningún parte oficial.

La misión de fingir que protegen lo que en realidad entregan. La misión de simular que combaten lo que en realidad permiten. La misión de aparentar que sirven a la patria cuando en realidad la venden al mejor postor.

Y lo más triste de todo es que algunos de esos soldados, los más jóvenes, los que llegaron con sueños de servir a México, todavía no saben que han dejado de ser soldados para convertirse en otra cosa. En cómplices silenciosos, en testigos mudos, en guardianes de un orden que no es el suyo.

Todavía no saben que el día que se pusieron el uniforme por primera vez fue el último día que fueron mexicanos de verdad.

Porque en El Cerro de las Águilas, hasta los soldados de la patria han aprendido a ser extranjeros en su propia tierra.

Capítulo 6

"El mar que nunca se vio"

Tomás Medina tenía dieciséis años y un sueño que le pesaba más dulce que las piedras que cargaba en la construcción del nuevo templo. Quería conocer el mar. No sabía por qué, no sabía cómo, pero todas las noches, antes de dormirse en el catre que compartía con sus dos hermanos menores, cerraba los ojos y se imaginaba parado frente a algo azul, inmenso, que se movía sin parar y hacía un ruido como de viento pero más tierno.

Puedo ver la casa donde vivía Tomás. Una casa de adobe con techo de lámina, igual a todas las casas de El Cerro de las Águilas, pero diferente porque en esa casa vivía un muchacho que soñaba con cosas imposiblemente hermosas.

Su abuelo Crisóforo era el único que entendía ese sueño. Era el único que no se reía cuando Tomás le preguntaba cómo era el mar, si era cierto que no se le veía el final, si era verdad que había peces del tamaño de una vaca que cantaban como sirenas.

—Yo nunca lo vi, mijo —le decía el viejo mientras tallaba figuritas de madera en el patio trasero de la casa—. Pero mi papá sí. Decía que era como un campo de maíz, pero de agua. Que se movía todo el tiempo, como si estuviera respirando.

Tomás se quedaba callado, imaginando ese campo de agua que respiraba, que se movía, que vivía. Y mientras ayudaba a su abuelo a vender las figuritas en el mercado de los domingos, mientras cargaba bultos de cemento, mientras hacía todo lo que un muchacho de dieciséis años tenía que hacer en El Cerro de las Águilas, seguía pensando en el mar con la misma devoción con que otros piensan en los santos.

Por las noches, cuando sus hermanos ya dormían, Tomás se quedaba despierto inventando el sonido del mar. Cerraba los ojos y escuchaba el viento entre los mezquites, y lo convertía en olas. Escuchaba el susurro de las hojas secas, y lo convertía en espuma. Escuchaba el latir de su propio corazón, y lo convertía en el pulso eterno del agua contra la arena.

—¿Crees que duele el agua salada cuando la tocas? —le preguntó una vez a su abuelo.

—No, mijo. Mi papá decía que era como lágrimas tibias. Como si la tierra estuviera llorando de felicidad.

Tomás sonrió. Le gustaba pensar en el mar como lágrimas de felicidad de la tierra. Le gustaba imaginarse mojando los pies en esas lágrimas, sintiendo cómo le corrían entre los dedos como bendición.

El problema empezó cuando los nuevos dueños del pueblo se enteraron de que Tomás andaba preguntando por rutas, por caminos, por la manera de llegar a la costa. El problema empezó cuando alguien les dijo que el nieto de Crisóforo Medina estaba planeando irse del pueblo.

Porque en El Cerro de las Águilas, desde que llegaron los nuevos dueños, nadie se va. Nadie puede irse. Irse significa dejar un hueco, y los huecos se notan. Irse significa que alguien más podría pensar en irse también, y eso no se puede permitir.

Fue un martes de marzo cuando vinieron por él. Tomás estaba en el patio de su casa, ayudando a su abuelo a lavar los trastes del desayuno, cuando llegaron tres hombres en una camioneta blanca. Venían armados, claro, pero no enseñaron las armas. No hacía falta. El miedo se les veía en la cara a los tres hombres, pero también una tristeza extraña, como si ellos mismos supieran que lo que iban a hacer estaba mal.

—¿Tomás Medina? —preguntó el que parecía el jefe, un hombre moreno con playera de los Tigres y cadena de oro en el cuello.

—Sí, señor —respondió Tomás, y su voz sonó más pequeña de lo que él quería.

—Necesitamos platicar contigo.

El abuelo Crisóforo se puso delante del muchacho, con sus sesenta y ocho años y sus manos temblorosas, pero decidido a defender a su nieto como un viejo león defiende a su cachorro.

—¿Qué quieren con el chamaco?

—Nada malo, don. Nomás platicar.

Pero platicar, en El Cerro de las Águilas, ya no significaba lo mismo que antes. Platicar significaba que alguien había hecho algo malo, o que alguien sabía algo que no debía saber, o que alguien había pensado en algo que no debía pensar.

Se llevaron a Tomás en la camioneta blanca. El abuelo Crisóforo se quedó parado en el patio, viendo cómo se alejaban, sabiendo que su nieto regresaría diferente. Si es que regresaba.

Puedo ver la casa donde se llevaron a Tomás. Es una casa grande, nueva, con bardas altas y portón de metal. Es la casa donde viven los nuevos dueños, los que decidieron que El Cerro de las Águilas era suyo y que la gente que vivía ahí venía incluida en el trato.

Puedo ver también cómo bajaron a Tomás de la camioneta, cómo lo metieron al patio, cómo lo hicieron sentarse en una silla de plástico frente a una mesa donde estaban sentados tres hombres más, todos con pistolas en la cintura, todos con la cara de quien está acostumbrado a que le obedezcan.

—¿Conque te quieres ir del pueblo? —le preguntó el que parecía el jefe.

—No, señor. Yo no...

—No me mientas, chamaco. Sabemos que andas preguntando por rutas, por caminos para llegar a la costa. ¿Para qué quieres ir al mar?

Tomás se quedó callado. ¿Cómo explicarle a un hombre armado que quería conocer el mar porque soñaba con él todas las noches? ¿Cómo decirle que

necesitaba ver esa agua infinita para saber si era cierto que existían las lágrimas de felicidad de la tierra?

—Yo... yo nomás tenía curiosidad, señor.

—¿Curiosidad? ¿De qué?

—De conocer el mar, señor. Nunca lo he visto.

Los hombres se rieron. No era una risa alegre, sino una risa que daba miedo, una risa que sonaba como vidrio quebrado sobre sueños de cristal.

—¿El mar? —dijo uno de ellos, un hombre gordo con bigote—. ¿Y para qué quieres conocer el mar?

—Para... para nada, señor. Nomás para verlo.

—¿Nomás para verlo?

—Sí, señor. Para saber cómo suena. Para saber si es cierto que se mueve como si estuviera vivo.

—¿Sabes qué pasa con los que se quieren ir del pueblo? —preguntó el jefe.

—No, señor.

—Se quedan para siempre. Pero no de la manera que planeaban.

Lo que pasó después, Tomás no lo pudo contar nunca. Porque hay cosas que no se pueden contar, cosas que se quedan atoradas en la garganta como espinas. Cosas que se vuelven pesadillas y después se vuelven silencio.

Lo regresaron al pueblo tres días después. Lo bajaron de la camioneta en el centro del pueblo, a la hora que había más gente, para que todos vieran. Lo bajaron descalzo, con la ropa rota, con moretones en la cara y las manos. Lo bajaron llorando, no de dolor sino de humillación. Lo bajaron convertido en ejemplo, en advertencia, en mensaje para todos los demás.

—Este chamaco —gritó el jefe para que todos oyeran— quería conocer el mar. Quería irse del pueblo. Quería ser libre.

La gente se había juntado en el centro del pueblo, no porque quisiera sino porque no tenía opción. Porque cuando los nuevos dueños hacían un espectáculo, todos tenían que ser público.

Y entonces hicieron algo que hasta ese momento no habían hecho nunca. Algo que cambió para siempre la manera de vivir en El Cerro de las Águilas.

Obligaron a Tomás a hablar. Obligaron a un muchacho de dieciséis años, roto por tres días de humillación, a pararse frente a todo el pueblo y a decir que estaba contento de vivir ahí. Que no quería irse. Que había entendido que su lugar estaba en El Cerro de las Águilas.

—Diles que estás contento —le ordenaron.

—Estoy... estoy contento —murmuró Tomás, y las palabras le salieron como astillas.

—¿Qué? No te oímos.

—Estoy contento —repitió, más fuerte, pero su voz sonaba como la de un pájaro con las alas rotas.

—¿Dónde quieres vivir?

—Aquí.

—¿Dónde está tu lugar?

—Aquí.

—¿Ya no quieres conocer el mar?

Tomás se quedó callado un momento que duró como una eternidad. En sus ojos todavía se podía ver el sueño, pequeñito, asustado, pero ahí.

—No —dijo finalmente, y con esa palabra mató algo hermoso que había vivido dentro de él.

El abuelo Crisóforo estaba entre la gente, viendo cómo su nieto decía palabras que no sentía, cómo pronunciaba mentiras que le salían de la boca como sangre. Viendo cómo los sueños de Tomás se convertían en pesadillas frente a todo el pueblo.

Cuando terminó la función, cuando se llevaron a Tomás de regreso a su casa, el abuelo Crisóforo no dijo nada. Se quedó sentado en el patio, tallando una figurita de madera que tenía forma de pez, una figurita que nunca iba a terminar.

Tomás tampoco dijo nada. Se metió a la casa y no salió en tres días. Cuando salió, ya no era el mismo muchacho que había soñado con conocer el mar. Era otra cosa. Era un fantasma de dieciséis años, un muchacho al que le habían robado la capacidad de soñar.

El abuelo Crisóforo empezó a morirse desde ese día. No de enfermedad, sino de tristeza. De ver cómo su nieto caminaba como si cargara cadenas invisibles. De ver cómo ya no preguntaba por el mar, cómo ya no hablaba de viajes, cómo ya no cerraba los ojos para escuchar las olas que nunca había oído.

Se murió una noche de abril, mientras dormía. Se murió soñando con el mar que nunca vio, con el nieto que había perdido sin que se muriera. Se murió susurrando palabras de agua, de espuma, de lágrimas tibias de la tierra.

Tomás no lloró en el funeral. No lloró porque ya no podía llorar. Porque los tres días que había pasado con los nuevos dueños le habían secado todas las lágrimas que tenía, hasta las que se guarda para los sueños.

Ahora vive solo en la casa de adobe con techo de lámina. Trabaja en la construcción del nuevo templo, carga bultos de cemento, hace todo lo que un muchacho de dieciséis años tiene que hacer en El Cerro de las Águilas. Pero lo hace como si fuera un robot, como si sus manos se movieran solas, como si su corazón se hubiera quedado en otra parte.

Puedo ver cómo camina por las calles del pueblo. Cómo evita mirar hacia el horizonte, hacia el punto donde el cielo se junta con la tierra. Cómo mantiene

los ojos fijos en el suelo, como si tuviera miedo de que se le escape algún sueño que todavía no hayan matado.

Y puedo ver también cómo los nuevos dueños del pueblo lo señalan cuando pasa. Cómo lo usan de ejemplo, de advertencia, de recordatorio de lo que les pasa a los que sueñan con cosas imposibles.

—¿Ven a ese chamaco? —dicen—. Ese quería conocer el mar. Ahora ya sabe que el mar no existe. Ahora ya sabe que lo único que existe es El Cerro de las Águilas.

Pero se equivocan. El mar sí existe. Existe en algún lugar lejano, azul e inmenso, moviéndose sin parar, haciendo ruido como viento pero más tierno. Existe y respira y vive y espera.

Y yo, desde esta loma donde descansan los que ya no sueñan, sé que Tomás todavía lo recuerda. Que en algún lugar muy profundo de su corazón roto, todavía guarda la imagen de esas lágrimas tibias de la tierra. Que todavía puede oír, muy bajito, el susurro del agua contra la arena.

Porque hay cosas que no se pueden matar completamente. Hay sueños que resisten, aunque sea como murmullos. Y mientras Tomás viva, aunque sea como fantasma, el mar seguirá existiendo en El Cerro de las Águilas.

Invisible, silencioso, pero real como el amor de un abuelo que talla peces de madera para un nieto que sueña con el agua.

Capítulo 7

"Las mujeres del silencio"

Las mujeres de El Cerro de las Águilas han aprendido a vivir con el miedo pegado a la piel como una segunda sombra. Puedo verlas caminar por las calles con los ojos bajos, hablar en susurros, hacer del silencio su única arma contra un mundo que las quiere mudas.

Esperanza Romero tiene cuarenta y dos años y cuatro hijos. Antes de que llegaran los nuevos dueños del pueblo, Esperanza era de las que hablaban fuerte en las juntas de padres de familia, de las que se quejaban cuando el maestro faltaba, de las que organizaban las posadas de diciembre con la alegría de quien cree que la vida es una fiesta que vale la pena celebrar.

Ahora Esperanza es un fantasma que camina, que respira, que hace tortillas todas las mañanas, pero que ya no habla más que lo necesario.

Está parada junto al pozo del centro del pueblo, esperando su turno para llenar los cántaros de agua. Son las seis de la mañana y ya hay cinco mujeres formadas, todas en silencio, todas mirando al suelo, todas esperando sin hablar. Porque hablar en el pozo es peligroso. Porque hablar en cualquier lugar es peligroso, pero el pozo es el corazón del pueblo, y los corazones se escuchan desde lejos.

—Buenos días —murmura Esperanza cuando llega junto a las otras.

—Buenos días —responden las demás, pero es un saludo que suena más a oración que a cortesía. Como si pidieran a Dios que el día que empieza sea mejor que el que terminó.

Detrás de Esperanza llega Refugio Hernández, la que antes era comadrona y ahora es la mujer que sabe cosas que no puede decir. Refugio ha traído al mundo a la mitad de los niños de El Cerro de las Águilas, ha cerrado los ojos de los viejos que se han muerto en paz, ha consolado a las viudas con palabras que sabían a medicina y a bendición.

Pero desde hace dos años, Refugio también hace otras cosas. Cosas que no aparecen en los libros de medicina, cosas que no se enseñan en las escuelas de parteras. Cosas que se hacen con lágrimas en los ojos y temblor en las manos.

—¿Cómo está tu niño? —le pregunta Esperanza en voz tan baja que casi no se oye.

—Bien, gracias a Dios —responde Refugio, pero sus ojos dicen otra cosa. Sus ojos dicen que su niño, el que tiene catorce años, ha empezado a caminar diferente. Que ha empezado a llegar tarde a la casa. Que ha empezado a tener dinero que no se sabe de dónde sale, y zapatos nuevos que brillan como promesas del diablo.

Las mujeres del pueblo conocen esa mirada. Es la mirada de las madres que ven cómo sus hijos se les van escurriendo entre los dedos, cómo se los van robando poco a poco, sin violencia, sin gritos, solo con promesas de dinero fácil y respeto barato.

—Mi Joaquín también anda raro —susurra Esperanza—. Ya no me platica nada. Ya no me dice dónde anda. Antes me contaba todo, hasta los sueños que tenía de noche.

—Están creciendo —dice Refugio, pero las dos saben que no es eso. Saben que sus hijos no están creciendo, se están pudriendo. Se están volviendo otra cosa, algo que ya no es niño pero tampoco es hombre. Algo que está en el medio, en ese lugar peligroso donde los nuevos dueños del pueblo pescan a los muchachos como si fueran peces.

Llega el turno de Esperanza en el pozo. Baja el cántaro con la cuerda, lo llena, lo sube. Movimientos que ha hecho miles de veces, pero que ahora hace pensando en otras cosas. Pensando en su hijo Joaquín, que ayer llegó con zapatos nuevos y ya no la mira a los ojos cuando le habla. Pensando en su hija Marisela, que ya no quiere ir a la escuela porque dice que "para qué", como si hubiera perdido la fe en el futuro. Pensando en su esposo Evaristo, que cada día habla menos, que cada día se ve más chico, más asustado, más parecido a los ratones que se esconden cuando ven sombras.

—¿Supiste lo de la Chonita? —pregunta Refugio mientras llena su cántaro.

Esperanza asiente. Chonita Medina, la que vendía elotes en la plaza con una sonrisa que le salía de adentro, desapareció hace tres días. Su esposo fue a preguntar por ella y le dijeron que se había ido con otro hombre. Que había

dejado a sus hijos porque ya no los quería. Que se había cansado de ser pobre.

Pero las mujeres de El Cerro de las Águilas saben que Chonita no se fue con ningún hombre. Saben que Chonita cometió el error de preguntar por qué su hermano menor, el que tenía quince años, andaba con tanto dinero. Saben que Chonita fue a reclamar a la casa grande, la de los nuevos dueños, porque pensó que tenía derecho a reclamar por su sangre.

—Hay que tener cuidado —dice Refugio.

—Sí —responde Esperanza—. Hay que tener mucho cuidado.

Y las dos saben de qué tipo de cuidado hablan. No es el cuidado de cruzar la calle o de no salir de noche. Es el cuidado de no preguntar, de no reclamar, de no hacer nada que pueda ser interpretado como desafío. Es el cuidado de volverse invisible, de caminar por la vida sin dejar huellas, sin hacer ruido, sin que nadie note que estás ahí.

Las mujeres de El Cerro de las Águilas han desarrollado un lenguaje secreto. Un lenguaje hecho de miradas, de gestos, de silencios que dicen más que las palabras. Esperanza mira hacia la casa de los Medina y Refugio entiende que está preguntando por los hijos de Chonita. Refugio mueve la cabeza casi imperceptiblemente y Esperanza entiende que los niños están bien, que alguien se está haciendo cargo.

Porque esa es otra cosa que han aprendido las mujeres del pueblo: a cuidar los hijos de las otras cuando las otras ya no pueden. A adoptar sin papeles, a criar sin preguntas, a ser madres de todos los niños que se quedan solos. No porque sea fácil, sino porque es lo único que les queda de humano en un lugar donde la humanidad se ha vuelto lujo de ricos.

Terminan de llenar sus cántaros y se van cada una por su lado, sin despedirse, sin hacer planes, sin prometerse que se verán mañana. Porque prometer es peligroso. Porque hacer planes es peligroso. Porque todo lo que implique futuro es peligroso en un lugar donde el futuro se ha vuelto privilegio de los que mandan.

Esperanza camina de regreso a su casa con el cántaro lleno sobre la cabeza. Camina despacio, no por el peso del agua sino por el peso de todo lo que no puede decir. Camina pensando en su hija Marisela, que tiene diecisiete años y ya no quiere salir de la casa porque dice que los hombres la miran raro. Camina pensando en su hija menor, Lupita, que tiene doce años y que ya ha aprendido a hacerse pequeñita cuando pasan ciertas camionetas por la calle.

Porque las mujeres de El Cerro de las Águilas han tenido que enseñar a sus hijas cosas que ninguna madre debería enseñar. Han tenido que enseñarles a caminar sin llamar la atención, a vestirse sin provocar, a hablar sin sonar interesantes. Han tenido que enseñarles que la belleza es un peligro, que la juventud es un riesgo, que ser mujer en El Cerro de las Águilas es como caminar sobre vidrios rotos descalza.

Llega a su casa y encuentra a su esposo Evaristo sentado en el patio, tallando una pieza de madera que no sabe qué va a ser. Evaristo tallaba durante veinte años las figuras más bonitas del pueblo. Hacía santos que parecían sonreír, hacía animales que parecían respirar, hacía juguetes para los niños que parecían tener alma propia.

Ahora talla por tallar, para mantener las manos ocupadas, para no pensar en lo que está pasando con su familia. Talla figuritas sin forma, pedazos de madera que no se parecen a nada, como si hubiera perdido la capacidad de crear belleza.

—¿Cómo estuvo? —pregunta Evaristo sin levantar la vista de la madera.

—Bien —responde Esperanza—. Todo tranquilo.

Es una mentira que los dos conocen. Nada está tranquilo en El Cerro de las Águilas. Nada está bien. Pero decir la verdad no sirve de nada, y mentir al menos les da la ilusión de que todavía controlan algo.

Esperanza entra a la cocina y empieza a hacer las tortillas del desayuno. Movimientos automáticos, gestos que ha repetido miles de veces, pero que ahora hace pensando en otras cosas. Pensando en lo que le va a decir a Joaquín cuando llegue con olor a peligro y ojos de extraño. Pensando en lo que le va a decir a Marisela para convencerla de que siga yendo a la escuela, aunque la escuela ya no sirva para nada. Pensando en lo que le va a decir a Lupita para explicarle por qué el mundo se ha vuelto tan peligroso para las niñas.

A las siete llega Joaquín. Llega con cara de no haber dormido, con ropa que huele a tabaco y a otras cosas que Esperanza prefiere no identificar. Llega con los ojos vidriosos, con esa mirada que tienen los muchachos cuando ya no son muchachos pero tampoco son hombres. Cuando están en ese lugar terrible donde ya no pertenecen a nadie, ni siquiera a sí mismos.

—¿Dónde andabas? —pregunta Esperanza, aunque sabe que no debería preguntar.

—Por ahí —responde Joaquín.

—¿Por ahí dónde?

—Por ahí nomás. Con unos amigos.

Esperanza sabe que no debe preguntar más. Sabe que insistir es peligroso, que presionar puede ser contraproducente. Sabe que los nuevos dueños del pueblo han convertido a los hijos en extraños, en enemigos potenciales, en espías que pueden reportar lo que pasa en sus propias casas.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—No. Voy a dormir.

Joaquín se mete a la casa y Esperanza se queda parada junto al comal, viendo cómo las tortillas se inflan con el calor. Viendo cómo algo que antes era simple —hacer tortillas, dar de comer a la familia, preguntar por los hijos— se ha vuelto complicado, peligroso, doloroso.

Llega Marisela, que viene de la tienda con una bolsa de frijoles. Marisela camina pegada a las paredes, evitando el centro de la calle, evitando llamar la atención. Camina como caminan todas las mujeres jóvenes del pueblo: como si fueran culpables de algo, como si tuvieran que disculparse por existir, como si su sola presencia fuera una provocación.

—¿Cómo te fue? —pregunta Esperanza.

—Bien, mamá. Pero había unos hombres parados afuera de la tienda. Estaban viendo a todas las que entraban, como si estuvieran haciendo una lista.

Esperanza siente que se le hace un nudo en el estómago. Sabe lo que significa eso. Sabe que los nuevos dueños del pueblo han empezado a hacer inventario, a catalogar, a decidir qué van a hacer con cada una de las mujeres jóvenes del pueblo.

—¿Te dijeron algo?

—Uno de ellos me preguntó cómo me llamaba.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que María. Le mentí.

Esperanza abraza a su hija. La abraza sabiendo que mentir ya no es suficiente, que esconderse ya no es suficiente, que nada de lo que pueden hacer es suficiente para proteger a sus hijos en un lugar donde la protección se ha vuelto imposible.

—Está bien, mija. Hiciste bien.

Pero no está bien. Nada está bien cuando una madre tiene que felicitar a su hija por mentir sobre su nombre. Nada está bien cuando una muchacha de diecisiete años tiene que fingir que se llama de otra manera para no ser catalogada como mercancía.

Sale Lupita de la casa. Lupita que tiene doce años y que ya ha aprendido a leer el miedo en los ojos de su madre. Lupita que ya sabe que hay preguntas que no se hacen, lugares donde no se va, cosas que no se dicen. Lupita que ya no es una niña aunque todavía le falten años para ser mujer.

—Mamá —dice Lupita—, ¿por qué la señora Chonita se fue sin despedirse?

Esperanza se queda callada. ¿Cómo explicarle a una niña de doce años que Chonita no se fue, que se la llevaron? ¿Cómo decirle que en El Cerro de las Águilas las mujeres no se van, desaparecen?

—A veces la gente se va porque necesita buscar trabajo en otro lado —dice por fin.

—¿Y nosotros nos vamos a ir?

—No, mija. Nosotros vamos a quedarnos aquí.

—¿Por qué?

—Porque aquí está nuestra casa. Aquí está nuestra familia.

Pero la verdad es otra. La verdad es que no se van a ir porque no pueden irse. Porque irse significa dejar un hueco, y los huecos se notan. Porque irse

significa que otros podrían pensar en irse también. Porque irse significa desafiar a los nuevos dueños del pueblo, y desafiarlos es suicidio.

Puedo ver cómo las mujeres de El Cerro de las Águilas se han convertido en guardianas del silencio. Puedo ver cómo cuidan a sus hijos enseñándoles a ser invisibles, cómo protegen a sus familias volviéndose fantasmas.

Puedo ver cómo Esperanza se levanta todas las mañanas sabiendo que el día puede ser el último día que vea a sus hijos. Cómo hace tortillas sabiendo que tal vez no habrá quien se las coma. Cómo abraza a sus hijas sabiendo que tal vez mañana ya no estén ahí para ser abrazadas.

Puedo ver cómo las mujeres del pueblo han aprendido a vivir con el corazón roto, con el alma herida, con la esperanza enterrada. Cómo han aprendido que la maternidad en El Cerro de las Águilas no es criar hijos, sino despedirse de ellos todos los días sin saber si van a regresar.

Porque en este pueblo, hasta ser madre se ha vuelto un acto de resistencia. Una resistencia silenciosa, dolorosa, pero resistencia al fin.

La única que les queda a las mujeres que ya no tienen nada más que perder, excepto a sus hijos.

Y sus hijos son lo último que van a entregar.

Capítulo 8

"El último trago"

La taberna de don Abundio Carranza es la única cantina que queda en El Cerro de las Águilas, la única que los nuevos dueños del pueblo han permitido que siga abierta. No por generosidad, sino por conveniencia. Porque necesitan un lugar donde los hombres vayan a ahogarse, donde las palabras se vuelvan balbuceos, donde los secretos se diluyan en alcohol como azúcar en agua.

Don Abundio tiene sesenta y tres años y una cicatriz que le atraviesa la mejilla izquierda desde la oreja hasta la comisura de la boca. Es una cicatriz vieja, de cuando El Cerro de las Águilas todavía era un pueblo y no una finca. De cuando los hombres se peleaban por mujeres o por tierras, no por el derecho a seguir respirando. Es la misma cicatriz que yo recordaba de niño, cuando me enseñaba a tallar madera en el patio de mi casa, antes de que el mundo se volviera loco.

La taberna está en la esquina de la plaza, en un edificio de adobe con techo de tejas rotas y paredes que sudan humedad. Adentro hay seis mesas de madera carcomida, una barra hecha con tablones mal cepillados, y una imagen de la Virgen de Guadalupe que mira hacia abajo con expresión de lástima. O tal vez de vergüenza.

Es jueves por la noche y ya están llegando los primeros clientes. Evaristo Romero, el esposo de Esperanza, se sienta en la mesa del rincón, la misma donde se ha sentado todas las noches desde hace dos años. Desde que su

hijo Joaquín empezó a llegar a la casa con dinero que brillaba como monedas de Judas.

—Lo de siempre, don Abundio —dice Evaristo sin levantar la vista del suelo.

Don Abundio sirve un vaso de aguardiente de caña. No pregunta cómo está la familia, no comenta el clima, no dice nada que pueda ser interpretado como curiosidad. Porque en El Cerro de las Águilas, hasta la cortesía se ha vuelto peligrosa.

Evaristo se toma el aguardiente de un solo trago. No por sed, sino por prisa. Prisa de llegar al lugar donde el alcohol le nubla la memoria, donde deja de recordar la cara de su hijo cuando llega a la casa con los ojos vidriosos. Donde deja de pensar en su esposa Esperanza, que ya no le habla de sus miedos porque sabe que él no puede hacer nada para calmarlos.

—Sírvame otro.

Don Abundio vuelve a llenar el vaso. Movimientos mecánicos, gestos que ha repetido miles de veces, pero que ahora hace sabiendo que cada trago que sirve es una pequeña muerte. Una muerte necesaria, pero muerte al fin.

Llega Crisanto Medina, el hermano menor de Chonita, la que desapareció hace una semana. Crisanto tiene cuarenta y cinco años y manos de carpintero que antes sabían crear cosas hermosas: cunas para los recién nacidos, ataúdes para los que se iban en paz, mesas donde las familias se reunían a comer. Ahora sus manos tiemblan, desde que se llevaron a su hermana camina como si cargara un costal de piedras en los hombros.

—Buenas noches —murmura.

—Buenas noches, Crisanto —responde don Abundio.

Crisanto se sienta en la mesa junto a la ventana. Siempre se sienta ahí, mirando hacia la calle, como si esperara ver a su hermana regresar caminando con su canasta de elotes y esa risa que sonaba como campanas. Como si esperara que todo hubiera sido una pesadilla de la que ya es hora de despertar.

—¿Supiste algo? —pregunta Evaristo.

—Nada. Fui a preguntar a la presidencia y me dijeron que no hay reporte. Que mi hermana no está desaparecida, que se fue por voluntad propia.

—¿Y los niños?

—Los niños dicen que unos hombres se llevaron a su mamá en una camioneta blanca. Pero nadie les cree. Dicen que son niños, que se confunden. Como si los niños no fueran los que mejor ven la verdad, los que todavía no han aprendido a mentirse a sí mismos.

Don Abundio sirve un vaso de aguardiente sin que se lo pidan. Sabe que Crisanto lo va a necesitar para poder seguir hablando. Para poder decir las cosas que no se pueden decir en voz alta.

—Mi hermana no se fue con nadie —dice Crisanto después del primer trago—. Mi hermana no hubiera dejado a sus hijos ni aunque le ofrecieran todo el oro

del mundo. Ella decía que los hijos son como las raíces: te duelen si las arrancas.

—Lo sabemos —dice Evaristo.

—¿Entonces por qué nadie hace nada?

—Porque no se puede hacer nada. Porque los que tendrían que hacer algo son los mismos que...

No termina la frase. No hace falta. En El Cerro de las Águilas, las frases se terminan solas, se completan con silencios que dicen más que las palabras.

Llega Macedonio Vega, el que antes era presidente municipal y ahora es el hombre que firma lo que le dicen que firme. Macedonio tiene cincuenta y ocho años y una úlcera que le carcome el estómago desde que entendió que ya no gobierna nada, que solo es un títere que mueve la boca cuando le jalan los hilos.

—Buenas noches —saluda Macedonio.

Los otros dos hombres apenas le contestan. No por desprecio, sino por lástima. Porque todos saben que Macedonio viene a la taberna no a beber, sino a confesar. A decir las cosas que no puede decir en ningún otro lugar, las palabras que se le pudren por dentro si no las escupe.

—Sírveme un mezcal —dice Macedonio.

Don Abundio le sirve mezcal de la botella buena, la que guarda para los casos especiales. Porque lo que va a escuchar es especial, aunque sea especialmente terrible.

Macedonio se toma el mezcal despacio, como si fuera medicina. Como si cada sorbo lo preparara para decir lo que tiene que decir.

—Hoy vinieron a la presidencia —dice por fin—. Trajeron una lista.

—¿Qué tipo de lista? —pregunta Crisanto.

—Una lista de nombres. De muchachos del pueblo. De muchachos que van a. … que van a trabajar para ellos.

—¿Trabajo de qué? —pregunta Evaristo, aunque ya sabe la respuesta.

—Del que ustedes se imaginan.

Se quedan callados. Cada uno pensando en sus propios hijos, en sus propios hermanos, en sus propios nietos. Pensando en nombres que podrían estar en esa lista, en vidas que podrían estar marcadas ya para algo que no es vida.

—¿Cuántos nombres? —pregunta Crisanto.

—Veinte. Todos entre quince y veinte años.

—¿Y qué les dijiste?

—Les dije que sí. Les dije que estaba bien.

Macedonio se sirve otro mezcal. Le tiemblan las manos, no por el alcohol sino por la vergüenza. Por la humillación de tener que confesar que ya no es un

hombre, que es otra cosa. Un funcionario sin función, un presidente sin poder, un fantasma con credencial.

—No tenía opción. Me dijeron que si no cooperaba, iban a buscar a alguien más. Alguien que entendiera mejor las cosas.

—¿Quién más sabe de la lista? —pregunta Evaristo.

—Nadie. Solo yo. Y ahora ustedes.

—¿Y qué vamos a hacer con eso?

—Nada. No podemos hacer nada.

Los tres hombres se hunden en sus sillas, como si el peso de la impotencia los aplastara contra el suelo. Don Abundio limpia vasos que ya están limpios, trata de no oír lo que está oyendo, se hace sordo para poder seguir viviendo.

Llega Rutilio Sánchez, el maestro de la escuela. Rutilio tiene treinta y dos años y una vocación que se le está muriendo poco a poco, como un árbol al que le van cortando las ramas. Llega con cara de cansancio, no por el trabajo sino por la inutilidad. Por enseñar matemáticas a niños que ya saben que van a ser sicarios. Por enseñar historia a muchachos que ya saben que la historia la escriben los que tienen las armas.

—Buenas noches —saluda Rutilio.

—Buenas noches, maestro —responden los otros.

Rutilio se sienta en la mesa del centro. Siempre se sienta ahí, en el centro, como si tratara de mantener un equilibrio que ya no existe. Como si tratara de ser el punto medio entre la esperanza y la desesperanza.

—¿Cómo van las clases? —pregunta don Abundio mientras le sirve un vaso de aguardiente.

—Mal. Cada día tengo menos alumnos. Cada día más padres me dicen que para qué van a mandar a sus hijos a la escuela si ya saben cuál va a ser su futuro.

—¿Y qué les dices?

—Les digo que la educación es la única esperanza. Pero ya ni yo me lo creo. Es como vender paraguas en el desierto.

Rutilio se toma el aguardiente despacio. No por gusto, sino por necesidad. Necesidad de ahogar la voz que le dice que está perdiendo el tiempo, que está preparando corderos para el matadero, que está siendo cómplice de una mentira que ya nadie cree.

—Hoy llegó un muchacho nuevo a la escuela. Un muchacho que viene del sur. Su familia se vino huyendo de allá porque las cosas estaban muy feas.

—¿Y cómo le dijiste que aquí estaban las cosas? —pregunta Macedonio.

—No le dije nada. ¿Qué le iba a decir? ¿Que se habían venido del infierno para meterse a otro infierno igual?

—Peor —dice Evaristo—. Porque en el infierno del que venían por lo menos sabían que era el infierno. Aquí todavía fingimos que es el cielo.

Los hombres se ríen, pero es una risa que da tristeza. Una risa que suena a llanto, a resignación, a burla de sí mismos.

—¿Saben qué es lo más triste? —dice Rutilio—. Que los muchachos ya no me preguntan qué van a ser cuando sean grandes. Ya saben qué van a ser. La única pregunta que me hacen es cuándo van a empezar.

—¿Cuándo van a empezar qué? —pregunta Crisanto.

—A trabajar. A trabajar para ellos. A ser lo que tienen que ser.

Se quedan callados otra vez. Cada uno perdido en sus propios pensamientos, en sus propios miedos, en sus propias culpas. Cada uno preguntándose cuándo dejaron de ser hombres para convertirse en testigos. Cuándo fue que dejaron de vivir para empezar a sobrevivir.

Don Abundio prende la radio que tiene detrás de la barra. Es una radio vieja, de las que tenían antena, que sintoniza mal y se oye con ruido. Pero es la única que tienen, la única que todavía funciona en El Cerro de las Águilas.

Están dando las noticias. Hablan de programas de apoyo al campo, de inversiones en infraestructura rural, de compromiso con las comunidades olvidadas. Hablan de un México que no existe, de un país que solo vive en los discursos, en las promesas, en las mentiras bien maquilladas.

—¿Oyeron eso? —dice Macedonio—. Dicen que van a apoyar a los campesinos. Que van a crear empleos en las comunidades rurales.

—¿Y nosotros qué somos? —pregunta Evaristo—. ¿Marcianos?

—Nosotros somos los olvidados de los olvidados —responde Rutilio—. Los que no existimos ni siquiera en las estadísticas.

—Por eso estamos como estamos —dice Crisanto—. Porque para el gobierno no existimos. Y para los que sí existen, somos territorio libre.

Don Abundio apaga la radio. No por censura, sino por misericordia. Porque a veces la verdad duele menos que la mentira, y la mentira duele menos que la esperanza falsa.

—¿Saben qué es lo que más me duele? —dice Evaristo—. Que mis hijos van a crecer pensando que esto es normal. Que van a creer que así es la vida, que así son las cosas.

—¿Y no es así? —pregunta Macedonio.

—No debería ser así. Antes no era así.

—Antes también había problemas —dice Crisanto.

—Sí, pero eran nuestros problemas. Problemas que podíamos resolver, que podíamos enfrentar. Ahora son problemas que nos resuelven a nosotros.

Don Abundio sirve otra ronda sin que se la pidan. Sabe que la van a necesitar para poder seguir hablando. Para poder decir las cosas que solo se pueden decir cuando el alcohol ha empezado a hacer su trabajo de anestesia.

—¿Ustedes creen que algún día esto se va a acabar? —pregunta Rutilio.

—No —responde Evaristo—. Esto ya no se acaba. Esto es para siempre.

—¿Por qué?

—Porque ya no hay a dónde ir. Porque ya no hay de dónde venir. Porque todo México se está volviendo como El Cerro de las Águilas.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Lo que estamos haciendo. Beber. Hablar. Esperar que el alcohol nos ayude a olvidar lo que no podemos cambiar.

Los hombres de El Cerro de las Águilas se han convertido en fantasmas de sí mismos. Vienen a la taberna no a beber, sino a velarse. A pronunciar su propio responso, a decir las palabras que no se van a decir en su funeral.

Don Abundio los mira con una mezcla de compasión y miedo. Compasión porque entiende su dolor. Miedo porque sabe que él también está ahí, que también es uno de ellos, que también se está muriendo poco a poco. Y aunque no lo sabe, porque no puede saberlo, también tiene miedo por el sobrino que vino a buscarlo y que nunca llegó a su puerta, que nunca pudo abrazarlo, que nunca pudo decirle que lo quería como al hijo que nunca tuvo.

La noche avanza y los hombres siguen bebiendo. Siguen hablando de cosas que no se pueden cambiar, de futuros que no van a llegar, de esperanzas que ya murieron. Hablan hasta que las palabras se les vuelven balbuceos, hasta que los pensamientos se les vuelven niebla, hasta que el dolor se les vuelve sueño.

Uno a uno se van yendo. Primero Rutilio, que tiene que llegar temprano a la escuela para seguir fingiendo que enseña. Después Macedonio, que tiene que llegar temprano a la presidencia para seguir fingiendo que gobierna. Después Crisanto, que tiene que llegar temprano a su casa para seguir fingiendo que su hermana va a regresar.

Evaristo es el último en irse. Siempre es el último. No porque beba más, sino porque tiene más miedo de llegar a su casa. Miedo de encontrar a su esposa despierta, esperándolo con preguntas que no puede contestar. Miedo de encontrar a sus hijos dormidos, soñando con futuros que él no puede garantizar.

—¿Cómo ve las cosas, don Abundio? —pregunta antes de irse.

—Mal, Evaristo. Muy mal.

—¿Usted cree que hay salida?

—No sé. Pero si la hay, no la vamos a encontrar en el fondo de un vaso.

—¿Entonces para qué seguimos bebiendo?

—Porque es lo único que sabemos hacer. Porque es lo único que nos queda.

Evaristo se va y don Abundio se queda solo en la taberna. Se queda limpiando vasos, barriendo el suelo, apagando las luces. Haciendo las cosas que hace todas las noches, pero que esta noche hace sabiendo que mañana todo va a seguir igual.

Porque en El Cerro de las Águilas, hasta el alcohol se ha vuelto mentira. Se bebe para olvidar, pero no se olvida. Se bebe para no sentir, pero se siente más. Se bebe para escapar, pero no hay escape.

Solo hay un último trago. Y después otro. Y después otro.

Hasta que ya no queda nada más que beber.

Excepto lágrimas.

Capítulo 9

"Los niños del miedo"

El patio de la escuela de El Cerro de las Águilas es un rectángulo de tierra apisonada donde los niños han aprendido a jugar sin hacer ruido, a reírse sin hacer escándalo, a ser niños sin parecerlo. Puedo verlos durante la hora del recreo, formados en filas perfectas junto a la pared del fondo. No porque el maestro Rutilio se los haya ordenado, sino porque ellos solos han aprendido que estar cerca de las paredes es más seguro.

El centro del patio es territorio peligroso, lugar donde se puede ser visto desde las ventanas de la casa grande, donde se puede ser notado por los que no deben notar.

Lupita Romero, la hija menor de Esperanza, tiene doce años y ya sabe que los columpios están prohibidos. No porque haya un letrero que lo diga, sino porque hacer ruido con las cadenas es llamar la atención. Y la atención, en El Cerro de las Águilas, es como prender una fogata en la oscuridad: te hace visible a los que prefieren que no existas.

—¿Jugamos a las escondidas? —susurra Pedrito Medina, el hijo mayor de Chonita, la que desapareció.

—¿Dónde nos vamos a esconder? —responde Lupita en voz igual de baja—. Aquí no hay dónde.

Y es verdad. En el patio de la escuela no hay árboles grandes, no hay rincones oscuros, no hay lugares donde un niño pueda desaparecer por gusto. Porque desaparecer, en El Cerro de las Águilas, ya no es juego. Es realidad. Es destino. Es algo que puede pasarle a cualquiera, hasta a los que todavía no llegan a los quince años.

Los niños han inventado juegos nuevos. Juegos que no existían antes, que no aparecen en los libros de pedagogía, que no se enseñan en las escuelas normales. Juegos como "El Vigilante", donde uno hace de centinela mientras los otros susurran secretos de niños que ya no deberían tener secretos. Juegos como "La Camioneta", donde todos tienen que fingir que no ven nada cuando alguien grita "¡Ahí viene!", y se quedan inmóviles como estatuas de sal. Juegos como "Los Mudos", donde gana el que puede estar más tiempo sin hablar, preparándose para un futuro donde el silencio puede ser la diferencia entre vivir y morir.

Joaquinito Vega, el nieto de Macedonio, tiene ocho años y ya sabe contar camionetas mejor que números. Sabe que las blancas son peligrosas de día, que las negras son peligrosas de noche, que las que no tienen placas son las más peligrosas de todas. Sabe que cuando ve una camioneta así, tiene que correr a su casa y decirle a su mamá que cierre la puerta con llave y que no prenda las luces hasta muy tarde.

—Vi tres camionetas blancas ayer —le dice a Lupita.

—¿A qué hora?

—Como a las seis. Cuando ya estaba oscureciendo.

—¿Iban para arriba o para abajo?

—Para arriba. Hacia la casa grande.

Los niños de El Cerro de las Águilas hablan como espías en las películas que ya no pueden ver. Usan códigos que han inventado ellos mismos, señas que solo ellos entienden, un lenguaje secreto que les permite comunicarse sin que los adultos se den cuenta de lo que saben. Porque saben demasiado. Saben más de lo que cualquier niño debería saber.

Saben que hay trabajo para el que se necesitan niños. Trabajo que no se anuncia en el periódico, que no se paga con recibo, que no se hace en oficinas. Trabajo que se hace de noche, que se hace en silencio, que se hace con miedo. Trabajo que convierte a los niños en algo que ya no es niño pero que tampoco es adulto.

—Mi hermano dice que van a necesitar más muchachos —susurra Carlitos Hernández, el hijo de Refugio, la comadrona.

—¿Para qué? —pregunta Lupita.

—Para el trabajo. Para el trabajo de los grandes.

—¿Y qué trabajo es ese?

—No sé. Pero pagan bien. Mi hermano ya tiene zapatos nuevos y un celular que brilla en la oscuridad.

Los niños miran los zapatos de Carlitos. Son zapatos viejos, rotos, con agujeros en las suelas por donde se les meten las piedras cuando caminan. Zapatos que hablan de pobreza, de necesidad, de familias que no pueden comprar lo básico. Y entonces entienden por qué los zapatos nuevos son tentación. Por qué el dinero fácil es trampa. Por qué el trabajo de los grandes es muerte disfrazada de oportunidad.

Suena la campana del recreo. Es una campana pequeña, de metal oxidado, que el maestro Rutilio toca despacio, sin ganas. Como si no quisiera interrumpir los juegos de los niños. Como si supiera que dentro del salón lo que viene es peor que el silencio del patio.

Los niños se forman en filas. Dos filas, una de niños y otra de niñas, como manda la tradición. Como mandaba la tradición cuando El Cerro de las Águilas todavía era un pueblo donde las tradiciones significaban algo bueno.

Entran al salón de clases. Es un salón pequeño, con ventanas sin vidrios por donde entra el viento y a veces la lluvia, con bancas de madera carcomida que crujen cuando alguien se mueve, con un pizarrón verde que ya no es verde sino gris como el cielo en los días tristes. En las paredes hay mapas viejos, de un México que tal vez existió, de un mundo que tal vez fue posible.

El maestro Rutilio se para frente al pizarrón. Tiene treinta y dos años pero parece de cincuenta. Tiene el pelo canoso antes de tiempo, las manos temblorosas, los ojos de quien ha visto demasiado y no puede olvidar nada.

—Hoy vamos a hablar de historia —dice.

Los niños sacan sus cuadernos. Cuadernos con hojas amarillas, con rayones, con manchas. Cuadernos que han pasado de hermano a hermano, de primo a primo, de familia a familia. Porque en El Cerro de las Águilas, hasta los cuadernos se heredan como si fueran tesoros.

—¿Alguien sabe qué es la historia? —pregunta el maestro.

Lupita levanta la mano. —Es lo que pasó antes, maestro.

—¿Antes de qué?

—Antes de ahora.

—¿Y por qué es importante saber lo que pasó antes?

Los niños se quedan callados. No porque no sepan la respuesta, sino porque la respuesta es peligrosa. Porque la historia, en El Cerro de las Águilas, es un territorio minado. Un lugar donde cualquier paso en falso puede ser el último.

—Porque así sabemos cómo llegamos hasta aquí —dice por fin Pedrito Medina.

—¿Y cómo llegamos hasta aquí?

Otro silencio. Más largo. Más tenso. Porque todos saben cómo llegaron hasta aquí. Todos saben que llegaron por el abandono, por la corrupción, por la indiferencia. Todos saben que llegaron porque los que tenían que cuidarlos decidieron que era más fácil mirar para otro lado.

—Por las decisiones que tomaron los adultos —dice Joaquinito Vega.

—¿Qué tipo de decisiones?

—Las malas.

El maestro Rutilio se queda parado frente al pizarrón, sin saber qué decir. Porque ¿cómo les explica a los niños que las decisiones malas no se toman por maldad, sino por miedo? ¿Cómo les dice que los adultos no eligieron el mal, sino que el mal los eligió a ellos?

—Vamos a hablar de la Revolución Mexicana —dice por fin.

Los niños abren sus libros. Libros viejos, con páginas sueltas, con ilustraciones borrosas. Libros que hablan de héroes que lucharon por la justicia, de villanos que oprimieron al pueblo, de un México que se construyó con sangre y esperanza.

—¿Quién sabe quién fue Emiliano Zapata? —pregunta el maestro.

—Un revolucionario —responde Lupita.

—¿Y qué quería?

—Tierra y libertad.

—¿Y lo consiguió?

Los niños se quedan callados otra vez. Porque miran por la ventana y ven la tierra de El Cerro de las Águilas, que ya no es de los que la trabajan sino de los que la controlan. Porque piensan en la libertad, que ya no es un derecho sino un privilegio. Porque se preguntan si Emiliano Zapata estaría orgulloso de lo que se hizo con su sueño.

—No —dice Pedrito Medina—. No lo consiguió.

—¿Por qué?

—Porque se murió.

—¿Y después qué pasó?

—Después vinieron otros. Otros que dijeron que iban a terminar lo que él empezó.

—¿Y lo terminaron?

—No. Ellos también se murieron.

El maestro Rutilio cierra el libro. No porque haya terminado la lección, sino porque no sabe cómo seguir. Porque ¿cómo les explica a los niños que la historia es un círculo? ¿Que los héroes mueren, los villanos regresan, y el pueblo siempre queda en el mismo lugar?

—¿Maestro? —pregunta Carlitos Hernández.

—¿Sí?

—¿Por qué no hay héroes ahora?

—Sí hay héroes.

—¿Dónde?

—En todos lados. En la gente que se levanta todos los días aunque tenga miedo. En los papás que trabajan aunque no haya trabajo. En las mamás que cuidan a sus hijos aunque no sepan cómo protegerlos. En ustedes, que siguen viniendo a la escuela aunque ya no sepan para qué.

—¿Entonces nosotros somos héroes?

—Ustedes son lo más importante que hay. Ustedes son el futuro.

—¿Y si no queremos ser el futuro?

La pregunta se queda flotando en el aire del salón como humo. Porque es una pregunta que no tiene respuesta. Porque ¿cómo les dices a los niños que tienen que ser el futuro cuando el presente es una pesadilla?

Suena la campana de salida. Los niños guardan sus cuadernos, se forman en filas, esperan a que el maestro les dé permiso de irse. Pero nadie se mueve. Nadie tiene prisa por salir. Porque afuera está el mundo real, el mundo donde

los niños desaparecen, donde los hermanos se vuelven extraños, donde los papás lloran en silencio.

—¿Podemos quedarnos un ratito más? —pregunta Lupita.

—¿Por qué?

—Porque aquí nos sentimos seguros.

El maestro Rutilio mira a los niños. Los ve parados junto a sus bancas, con sus uniformes remendados, con sus zapatos rotos, con sus ojos que ya no son ojos de niño sino ojos que han visto demasiado. Los ve y se da cuenta de que la escuela se ha convertido en refugio. En el único lugar donde todavía pueden fingir que son niños, donde todavía pueden hacer preguntas sin que las respuestas los maten.

—Está bien —dice—. Podemos quedarnos un ratito más.

Los niños se sientan en el suelo, en círculo, como hacían cuando eran más pequeños. Cuando el mundo todavía tenía sentido, cuando los adultos todavía sabían las respuestas, cuando el futuro todavía era una promesa y no una amenaza.

—¿Maestro? —pregunta Joaquinito Vega.

—¿Sí?

—¿Usted cree que algún día las cosas van a cambiar?

—No sé.

—¿Pero usted tiene esperanza?

—Sí. Tengo esperanza.

—¿De qué?

—De ustedes. De que ustedes van a hacer las cosas diferentes. De que ustedes no van a dejar que el miedo los venza.

—¿Y si no podemos?

—Van a poder. Porque ustedes son más fuertes de lo que creen. Porque ustedes todavía hacen preguntas. Y mientras haya niños que pregunten, habrá esperanza.

Los niños se quedan callados. No porque no tengan más preguntas, sino porque ya saben que las preguntas importantes no tienen respuestas fáciles. Que la vida es complicada, que el mundo es injusto, que crecer duele.

Pero también saben que no están solos. Que tienen al maestro Rutilio, que los cuida como puede. Que tienen a sus papás, que los protegen como saben. Que se tienen entre ellos, que es lo más importante.

Puedo ver cómo los niños de El Cerro de las Águilas han aprendido a ser fuertes. No porque quieran, sino porque no tienen opción. Puedo ver cómo han aprendido a cuidarse entre ellos, a protegerse, a ser hermanos aunque no compartan la misma sangre.

Puedo ver cómo han aprendido que el miedo no es cobardía, sino inteligencia. Que el silencio no es sumisión, sino resistencia. Que ser niño en El Cerro de las Águilas es un acto de valentía.

Porque cada día que logran seguir siendo niños es una victoria contra los que quieren que crezcan antes de tiempo. Cada pregunta que hacen es una bala disparada contra la desesperanza. Cada sonrisa que todavía pueden dibujar es una flor que crece en territorio de muerte.

Y puedo ver también cómo el maestro Rutilio los mira, sabiendo que son la última esperanza. Sabiendo que en sus manos está el futuro de El Cerro de las Águilas. Sabiendo que, pase lo que pase, él tiene que seguir enseñando.

Porque aunque la historia sea un círculo, aunque los héroes mueran, aunque el mundo sea injusto, siempre hay niños que preguntan. Y mientras haya niños que pregunten, habrá esperanza.

Aunque sea una esperanza pequeña, silenciosa, asustada.

Pero esperanza al fin.

Capítulo 10

"La tumba sin nombre"

La tumba nueva está en la esquina más alejada del panteón, donde la tierra se vuelve más dura y las cruces se inclinan hacia el suelo como si quisieran regresar al polvo de donde vinieron. Es una tumba reciente. La tierra todavía está suelta, todavía huele a lluvia y a tiempo perdido. No tiene cruz, no tiene nombre, no tiene fecha. Solo un montón de piedras apiladas sin orden, como si alguien hubiera tenido prisa por enterrar algo que ya no quería ver.

Yo sé quién está ahí. Lo sé porque yo mismo ayudé a cargarlo cuando todavía tenía nombre, cuando todavía era alguien. Cuando todavía era Crescencio Jiménez, el que vendía elotes en la plaza los domingos con una sonrisa que se le escapaba por los dientes de oro cuando los niños le gritaban "¡Don Cres!" desde las esquinas.

Pero eso fue antes. Antes de que Crescencio viera algo que no debía ver. Antes de que cometiera el error de estar en el lugar equivocado a la hora equivocada. Antes de que aprendiera que en El Cerro de las Águilas, hasta ver es pecado mortal.

Fue un martes por la noche. Crescencio regresaba de vender sus elotes cuando se topó con la camioneta blanca estacionada afuera de la casa de Chonita Medina. Vio cómo bajaron tres hombres, vio cómo se llevaron a la mujer, vio cómo los niños lloraban desde la ventana sin que nadie los consolara.

Crescencio no dijo nada. No gritó, no corrió, no trató de ayudar. Solo se quedó parado detrás del poste de luz, temblando como vara verde, viendo cómo se llevaban a una mujer que había sido su vecina desde que tenía memoria.

Viendo cómo El Cerro de las Águilas se convertía en un lugar donde las personas desaparecían como humo.

Pensó que nadie lo había visto. Pensó que la oscuridad lo había protegido, que el silencio lo había hecho invisible. Pero en El Cerro de las Águilas, hasta la oscuridad tiene ojos. Hasta el silencio habla.

Al día siguiente, Crescencio puso su puesto de elotes como siempre. Encendió su hornilla, acomodó sus mazorcas, preparó su chile piquín con la misma dedicación de veinte años.

Hizo todo como si nada hubiera pasado, como si la noche anterior hubiera sido una pesadilla de la que ya había despertado.

Pero los ojos de la gente le decían otra cosa. Los ojos de la gente le decían que ya sabían. Que ya sabían que él había visto, que él era testigo, que él se había convertido en problema.

Doña Refugio, la comadrona, pasó por su puesto sin comprarle nada. Ni siquiera lo saludó. Solo lo miró con una mirada que decía "perdónanos, Crescencio, pero ya no podemos conocerte". Una mirada que decía "ya no existes, aunque todavía respires".

Don Abundio, el de la cantina, hizo lo mismo. Pasó de largo, mirando hacia otro lado, como si Crescencio se hubiera vuelto transparente. Como si fuera un fantasma que todavía no sabía que estaba muerto.

Hasta los niños, que antes le gritaban "¡Don Cres!" con alegría, ahora cruzaban la calle cuando lo veían venir. No por miedo a él, sino por miedo a lo que podía pasarles si los veían con él. Porque en El Cerro de las Águilas, hasta la amistad se había vuelto contagiosa.

Crescencio entendió entonces que ya no era parte del pueblo. Que se había convertido en un hombre marcado, en un problema que tenía que resolverse.

Entendió que había dos tipos de personas en El Cerro de las Águilas: los que no sabían nada y los que sabían demasiado. Y él acababa de pasar del primer grupo al segundo.

Esa noche, Crescencio no durmió en su casa. Se fue al cerro, se escondió entre las piedras, trató de volverse invisible de verdad. Pero ya era demasiado tarde. Ya estaba fichado, ya estaba contado, ya estaba muerto.

Lo encontraron al amanecer. Tres hombres que no eran del pueblo, que hablaban con acento del norte, que tenían tatuajes en las manos y pistolas en la cintura. Lo encontraron y se lo llevaron sin hacer ruido, sin hacer escándalo, sin que nadie viera nada.

Porque en El Cerro de las Águilas, hasta los secuestros se hacen en silencio.

Crescencio no gritó. No suplicó. No pidió perdón. Solo se fue con ellos como cordero al matadero, sabiendo que no había vuelta atrás. Sabiendo que había cruzado una línea que no se puede descruzar, que había visto algo que no se puede dejar de ver.

Tres días después, alguien encontró su cuerpo tirado en la barranca. Tenía un balazo en la cabeza y las manos amarradas a la espalda. Tenía los ojos abiertos, como si hasta el último momento hubiera estado viendo algo que no debía ver.

Pero lo más terrible no era que estuviera muerto. Lo más terrible era que nadie se atrevía a reclamarlo. Que nadie se atrevía a decir "ese era mi primo", "ese era mi compadre", "ese era mi amigo". Porque reclamarlo era admitir que habían tenido relación con él. Y tener relación con un muerto así era volverse sospechoso.

Así que Crescencio Jiménez, el que vendía elotes en la plaza, el que tenía dientes de oro y sonrisa fácil, se convirtió en un desconocido. En un muerto sin nombre, sin familia, sin historia. En un bulto que había que enterrar rápido, sin preguntas, sin ceremonia, sin lágrimas.

Yo ayudé a cargarlo. Yo y otros tres hombres que tampoco dijimos nuestros nombres, que no nos vimos a los ojos, que hicimos el trabajo en silencio. Lo cargamos hasta esta esquina del cementerio, lo metimos en un hoyo que cavamos con prisa, lo tapamos con tierra y piedras.

No dijimos oraciones. No cantamos alabanzas. No hicimos nada que se pareciera a un funeral. Solo lo enterramos como se entierra un animal muerto, como se entierra la basura, como se entierra todo lo que ya no sirve.

Porque Crescencio ya no era Crescencio. Era un problema resuelto, una cuenta saldada, una lección para los que todavía estaban vivos. Era la prueba de que en El Cerro de las Águilas, hasta los muertos pueden morirse dos veces.

Puedo ver cómo el pueblo entero finge que Crescencio nunca existió. Puedo ver cómo la gente pasa por donde estaba su puesto de elotes sin voltear a verlo. Puedo ver cómo los niños ya no preguntan por él, como si nunca hubiera existido.

Puedo ver cómo la memoria se convierte en lujo peligroso. Cómo recordar se vuelve pecado. Cómo hasta el pasado se tiene que olvidar para poder seguir viviendo.

Y entonces me doy cuenta de algo terrible. Me doy cuenta de que todos en El Cerro de las Águilas somos como Crescencio. Todos somos muertos que todavía no han sido enterrados. Todos somos fantasmas que fingimos estar vivos.

Porque ¿qué diferencia hay entre estar muerto y no poder hablar? ¿Qué diferencia hay entre estar enterrado y no poder moverse? ¿Qué diferencia hay entre no tener nombre en una tumba y no tener voz en la vida?

Esperanza, la mujer que cuida a sus hijos como si fueran de cristal, ya está muerta. Murió el día que se dio cuenta de que no puede protegerlos. Murió el día que entendió que ser madre en El Cerro de las Águilas es prepararse para la pérdida.

Evaristo, el hombre que se emborracha todas las noches para olvidar lo que no puede cambiar, ya está muerto. Murió el día que aceptó que no es padre sino espectador. Murió el día que dejó de ser hombre para convertirse en testigo.

Macedonio, el presidente municipal que firma lo que le dicen que firme, ya está muerto. Murió el día que entendió que no gobierna nada, que solo es un títere con credencial. Murió el día que cambió su dignidad por su supervivencia.

Todos estamos muertos. Todos somos la tumba sin nombre. Todos somos el secreto que se tiene que guardar, el problema que se tiene que resolver, el recuerdo que se tiene que olvidar.

La diferencia entre nosotros y Crescencio es que él ya descansa. Que él ya no tiene que fingir que está vivo. Que él ya no tiene que cargar con el peso de ser fantasma.

Nosotros todavía tenemos que levantarnos todas las mañanas. Todavía tenemos que fingir que el sol sale, que la vida continúa, que vale la pena seguir respirando. Todavía tenemos que fingir que somos personas cuando ya solo somos sombras.

Pero tal vez eso sea lo único que nos queda. Tal vez fingir que estamos vivos sea la única forma de resistir que tenemos. Tal vez seguir respirando sea la única manera de ganarle tiempo a la muerte.

Porque mientras sigamos fingiendo, mientras sigamos respirando, mientras sigamos levantándonos, habrá esperanza. Una esperanza pequeña, enterrada, sin nombre. Pero esperanza al fin.

Como la tumba de Crescencio. Que no tiene cruz, que no tiene nombre, que no tiene fecha. Pero que está ahí. Que existe. Que resiste al olvido aunque nadie la recuerde.

Puedo ver que la tumba sin nombre somos todos. Que El Cerro de las Águilas entero es una tumba sin nombre. Que México entero se está convirtiendo en un cementerio donde los vivos entierran su propia vida para poder seguir existiendo.

Pero también puedo ver que mientras haya quien cuente la historia, mientras haya quien recuerde, mientras haya quien se atreva a decir los nombres que ya no se pueden decir, habrá esperanza.

Aunque sea una esperanza muerta. Aunque sea una esperanza sin nombre. Aunque sea una esperanza enterrada.

Pero esperanza al fin.

Crescencio Jiménez está muerto. Pero yo lo recuerdo. Recuerdo sus dientes de oro, su sonrisa fácil, el amor con que preparaba sus elotes. Recuerdo cómo los niños corrían hacia él gritando su nombre. Recuerdo que era un hombre bueno que cometió el error de ser testigo.

Y mientras yo lo recuerde, mientras yo pueda decir su nombre, Crescencio no habrá muerto completamente. Seguirá viviendo en estas palabras, en esta memoria, en esta tumba sin nombre que es toda nuestra historia.

Porque a veces, recordar a los muertos es la única manera de seguir vivos. A veces, ser la tumba sin nombre de otros es la única manera de tener nombre propio.

A veces, morir es la única manera de no morirse.

Y yo, que ya estoy muerto, soy más libre que todos los vivos de El Cerro de las Águilas. Porque puedo decir la verdad. Porque puedo recordar. Porque puedo nombrar a los que ya no tienen nombre.

Crescencio Jiménez.

Ahí está su nombre, escrito en el aire, grabado en la memoria, tallado en piedra invisible.

Ya no es la tumba sin nombre.

Es la tumba de Crescencio Jiménez, hombre bueno de El Cerro de las Águilas, que murió por ver lo que no debía ver.

Y que ahora puede descansar en paz.

Capítulo 11

"El viento de la montaña"

Cada noche, cuando el pueblo se acuesta con el miedo entre las sábanas, el viento baja de la montaña cargado de olores que no deberían existir. Olores que no tienen nombre en los diccionarios, que solo conocen los que han aprendido a vivir con la muerte respirándoles en la nuca.

Primero llega el olor a copal. Dulce, espeso, como incienso de iglesia pero mezclado con algo más oscuro. Algo que huele a ceremonias que no se hacen en domingo, a ritos que no aparecen en el catecismo, a oraciones que se dicen de rodillas pero no precisamente para pedir perdón.

Después viene el olor a pólvora. Seco, metálico, como fuegos artificiales pero sin la alegría. Como celebración pero sin fiesta. Como muerte pero sin funeral.

Y al final, cuando el viento ya se ha llevado todo lo demás, queda el olor a metal oxidado. A sangre vieja, a hierro mojado, a cosas que se han quedado demasiado tiempo bajo el sol sin que nadie las recoja.

Son las tres de la mañana y don Abundio está cerrando la cantina cuando llega el primer olor. El copal le entra por la nariz como humo bendito, pero le revuelve el estómago como veneno. Porque ya sabe lo que significa. Ya sabe que arriba, en la casa grande, han empezado las ceremonias.

—Otra vez —susurra, pero no hay nadie que lo escuche. Solo las botellas vacías, solo las sillas volcadas, solo el eco de su propia voz que se pierde en la oscuridad.

Don Abundio apaga las luces y se queda un momento parado en la puerta, mirando hacia la montaña. Desde abajo no se ve nada, pero él sabe que están ahí. Sabe que están prendiendo fogatas, que están quemando cosas, que están haciendo cosas que es mejor no preguntar.

El viento baja de la montaña como animal herido, trayendo consigo el sonido de tambores que no son de fiesta, de cantos que no son de iglesia, de voces que rezan en idiomas que no son de aquí. Trae el sonido de El Cerro de las Águilas convirtiéndose en algo que ya no es pueblo sino territorio de lo innombrable.

Esperanza está despierta en su casa, meciendo a su hija más pequeña que no puede dormir. La niña llora sin razón, o tal vez llora con toda la razón del mundo. Porque los niños sienten lo que los adultos fingen no sentir. Porque los niños oyen lo que los adultos fingen no oír.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta Lupita, la de doce años, la que ya sabe contar camionetas y leer el miedo en los ojos.

—Nada, mi amor. Solo es el viento.

Pero no es solo el viento. Es el viento cargado de presagios, de maldiciones, de cosas que se están decidiendo arriba sin que nadie pregunte la opinión de los que viven abajo. Es el viento que trae noticias de un México que se está muriendo por pedazos, empezando por los pedazos más pequeños, más olvidados, más indefensos.

—¿Por qué huele raro? —insiste la niña.

—Son las flores del cerro. Hay flores que solo abren de noche.

Y es verdad, en cierto modo. Hay flores que solo abren de noche. Flores de muerte, flores de sangre, flores de territorio que cambia de dueño sin que nadie firme papeles. Flores que brotan donde antes había esperanza y que ahora solo hay resignación.

En la casa del maestro Rutilio, la ventana está abierta aunque haga frío. Necesita que el aire entre, que el olor se vaya, que la noche se lleve lo que ha traído. Pero el olor se queda, se pega a las paredes, se mete en la ropa, se vuelve parte del lugar como si hubiera estado ahí desde siempre.

Rutilio está sentado en su mesa, corrigiendo tareas que ya no tienen sentido. Tareas sobre la historia de México, sobre los héroes de la patria, sobre un país que tal vez existió pero que ya no existe. Tareas que hablan de libertad, de justicia, de soberanía, de palabras que se han vuelto huecas como cáscaras de nuez.

Lee la tarea de Joaquinito Vega: "Emiliano Zapata luchó por la tierra y la libertad". Diez palabras que antes significaban algo y que ahora solo son tinta sobre papel manchado por lágrimas que el niño trató de esconder.

El olor a pólvora llega más fuerte. Rutilio cierra el cuaderno y se asoma a la ventana. Ve luces en la montaña, luces que se mueven, luces que no son de estrellas sino de linternas. Ve sombras que bajan por los senderos, sombras

que cargan bultos, sombras que se mueven con la precisión de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

—Dios mío —susurra, pero ni siquiera está seguro de que Dios lo escuche. Porque ¿cómo va a escuchar Dios en un lugar donde sus representantes han aprendido a quedarse callados? ¿Cómo va a escuchar en un lugar donde hasta las oraciones se dicen en voz baja por miedo a molestar?

En la presidencia municipal, Macedonio está despierto también. No porque quiera, sino porque el teléfono no ha dejado de sonar. Llamadas que no contesta, mensajes que no lee, órdenes que no quiere escuchar. Porque ya sabe lo que le van a decir. Ya sabe que mañana van a llegar más camionetas, que van a necesitar más colaboración, que van a requerir más silencio.

Macedonio mira por la ventana y ve la misma película que todos los demás: luces que se mueven, sombras que bajan, el pueblo convirtiéndose en escenario de una obra que nadie quiere ver pero que todos tienen que presenciar.

Se sirve un trago de la botella que guarda en el cajón. Whisky malo, de los que queman la garganta y no quitan la sed. Whisky que sabe a rendición, a dignidad perdida, a pueblos que se venden por supervivencia.

El teléfono suena otra vez. Macedonio lo ve vibrar sobre el escritorio como animal agonizante. Sabe que si lo contesta, van a ser cinco minutos de humillación. Cinco minutos de "sí, señor", "como usted diga", "cuenta con nosotros". Cinco minutos de convertirse en títere que dice lo que le ordenan decir.

Pero también sabe que si no contesta, van a ser cinco minutos de algo mucho peor. Cinco minutos que pueden convertirse en una visita, en una explicación, en un recordatorio de quién manda en El Cerro de las Águilas.

Contesta al sexto ring.

—Buenas noches, señor presidente.

La voz del otro lado es educada, casi amable. Como vendedor de seguros, como representante de banco, como cualquier persona que llama por trabajo. Pero Macedonio sabe que debajo de esa educación hay una amenaza. Debajo de esa amabilidad hay un ultimátum.

—Buenas noches.

—Esperamos que todo esté tranquilo por allá.

—Sí, todo tranquilo.

—Perfecto. Mañana vamos a tener una pequeña reunión en la escuela. Necesitamos que esté disponible.

—¿La escuela?

—Sí. Necesitamos un lugar amplio. Y necesitamos que el maestro esté presente también.

Macedonio mira hacia la ventana otra vez. Las luces se han multiplicado, las sombras se han vuelto más densas. El Cerro de las Águilas se está llenando de gente que no es de aquí, de actividades que no son de aquí, de un futuro que ya no es de aquí.

—¿A qué hora?

—A las diez. Y señor presidente...

—Sí.

—Necesitamos que todo salga bien. Necesitamos su cooperación total.

—La tiene.

—Perfecto. Que pase buena noche.

Macedonio cuelga el teléfono y se termina el whisky de un trago. Sabe que acaba de firmar algo. No sabe qué, pero sabe que lo acaba de firmar. Sabe que mañana El Cerro de las Águilas va a cambiar otra vez, que va a dar un paso más hacia el abismo, que va a convertirse un poco más en territorio de otros.

El olor a metal oxidado llega al final, cuando ya todo está dicho, cuando ya todo está decidido. Es un olor que se queda, que se pega, que se vuelve parte del lugar como cicatriz. Es el olor de las cosas que se oxidan sin que nadie las cuide, de las esperanzas que se pudren sin que nadie las riegue, de los sueños que se herrumbran sin que nadie los recuerde.

Puedo ver cómo El Cerro de las Águilas se convierte en algo que ya no reconozco. Puedo ver cómo cada noche que pasa, cada ceremonia que se celebra, cada negocio que se hace, el pueblo se parece menos a lo que era y más a lo que nunca debió ser.

Puedo ver cómo la gente se va acostumbrando a los olores, a los sonidos, a las luces de la montaña. Cómo aprenden a no preguntar, a no ver, a no oír. Cómo aprenden que la supervivencia a veces requiere volverse ciego, sordo y mudo.

Pero también puedo ver que hay algo que no se puede acostumbrar. Algo que resiste, que se rebela, que no se deja domesticar. Los niños que siguen preguntando aunque las respuestas duelan. Los maestros que siguen enseñando aunque las lecciones ya no sirvan. Las madres que siguen cuidando aunque no puedan proteger.

El viento de la montaña seguirá trayendo olores extraños. Seguirá trayendo noticias de ceremonias que no se pueden nombrar, de ritos que no se pueden contar, de cosas que es mejor no saber. Pero también seguirá trayendo algo más: la posibilidad de que algún día, cuando menos se espere, traiga también el olor a esperanza.

Mientras tanto, El Cerro de las Águilas resiste. Resiste como puede, como sabe, como le enseñaron sus muertos. Resiste respirando, recordando, negándose a desaparecer completamente.

Porque a veces, resistir es solo eso: seguir respirando aunque el aire huela a muerte. Seguir recordando aunque la memoria duela. Seguir siendo pueblo aunque todo conspire para que dejen de serlo.

Y yo, desde esta loma donde los muertos custodian la memoria, sigo contando la historia. Sigo diciéndole al viento que aquí hubo un pueblo. Que aquí hubo gente que amó, que trabajó, que soñó. Que aquí hubo vida antes de que llegara la muerte disfrazada de progreso.

El viento se lleva muchas cosas. Pero hay algo que no se puede llevar: la verdad de lo que fuimos. La verdad de lo que perdimos. La verdad de lo que nos quitaron.

Y esa verdad, tarde o temprano, alguien la va a contar.

Aunque tenga que contarla el viento de la montaña. Aunque tenga que contarla desde la tumba. Aunque tenga que contarla con palabras que huelen a copal, a pólvora y a metal oxidado.

Pero se va a contar.

Porque los muertos también tenemos voz. Y nuestra voz es el viento que nunca se calla.

Capítulo 12

"Los que se quedaron y los que se fueron"

Es viernes por la mañana y El Cerro de las Águilas amanece partido en dos. Dos caravanas se forman en extremos opuestos del pueblo, como si la tierra misma hubiera decidido dividir a los vivos de los muertos, a los que todavía tienen esperanza de los que ya la perdieron para siempre.

Una caravana va hacia el norte, cargada de sueños rotos y esperanzas desesperadas. La otra va hacia adentro, hacia las entrañas de la montaña, cargada de resignación y miedo. Los que se van hacia el norte son los jóvenes que todavía creen que existe un lugar donde se puede vivir sin mirar hacia atrás cada cinco minutos. Los que se van hacia la montaña son los que ya entendieron que no hay lugar a donde huir, que el territorio se ha encogido hasta convertirse en una celda sin barrotes.

Joaquín Romero está parado en la plaza, con una mochila que le regaló su madre y que huele todavía a las lágrimas que derramó sobre ella toda la noche. Tiene diecisiete años y una decisión que no debería tomar nadie a esa edad: quedarse y convertirse en lo que no quiere ser, o irse y convertirse en lo que no sabe qué es.

Su madre, Esperanza, está parada frente a él con los ojos hinchados de tanto llorar. No dice nada porque ya se dijeron todo lo que se tenía que decir. Que lo ama. Que no puede protegerlo. Que prefiere perderlo vivo a enterrarlo muerto. Que esta no es una despedida sino un hasta luego que probablemente sea para siempre.

—¿Ya decidiste? —le pregunta, aunque ya sabe la respuesta. La lleva escrita en los ojos, en la forma de cargar la mochila, en la manera de no mirar hacia atrás.

—Sí, má.

—¿Y qué vas a hacer allá?

—No sé. Pero no voy a quedarme aquí a esperar que me vengan a buscar.

Esperanza no dice nada más. ¿Qué puede decir? ¿Que se quede para verlo convertirse en sicario o en muerto? ¿Que se vaya para no volver a verlo nunca? Las madres de El Cerro de las Águilas han aprendido que no hay palabras para estas despedidas. Que no hay consejos para viajes que no deberían existir.

Joaquín camina hacia la carretera donde lo espera la camioneta que cobra quinientos pesos por llevarlo hasta la frontera. Quinientos pesos que su madre juntó vendiendo sus gallinas, empeñando sus aretes, pidiendo prestado a quien pudo. Quinientos pesos que son toda la herencia que le puede dar: el derecho a huir.

Pero hay otros que no tienen ni esos quinientos pesos. Hay otros que se van por la otra carretera, la que no cobra pasaje porque el pago se hace después, con trabajo, con silencio, con servicios que es mejor no nombrar.

Evaristo hijo, el hermano menor de Joaquín, sube a la camioneta que va hacia la montaña. No lleva equipaje porque a donde va no se necesita ropa limpia. No se despide de nadie porque a donde va no se permite el contacto con el mundo de antes.

—¿Estás seguro? —le pregunta Chelito, su primo, que también sube a la camioneta.

—¿Seguro de qué? ¿De que no tengo otra opción?

—De que esto va a estar mejor que morirse de hambre.

—No va a estar mejor. Pero por lo menos voy a poder mandarle dinero a mi jefa. Para que coma. Para que no se muera de tristeza cuando se entere de lo que me volví.

Chelito no dice nada. Los dos saben que el dinero que van a mandar va a llegar sucio, que va a oler a sangre, que va a ser tan pesado que sus madres no van a poder cargarlo sin que se les doblen las rodillas. Pero también saben que es el único dinero que va a llegar.

Puedo ver que estas no son elecciones. Son sobrevivencias disfrazadas de elecciones. Son rendiciones disfrazadas de libertad. Son derrotas disfrazadas de valentía.

Porque ¿qué clase de elección es tener que elegir entre el hambre y el crimen? ¿Qué clase de libertad es tener que elegir entre morirse aquí o morirse allá? ¿Qué clase de país es uno que obliga a sus hijos a elegir entre ser víctimas o ser victimarios?

El maestro Rutilio está parado en la puerta de la escuela, viendo partir a la mitad de sus estudiantes. Los que se van al norte y los que se van a la montaña. Los que huyen del futuro y los que abrazan el futuro más negro. Los que todavía creen en los milagros y los que ya no creen en nada.

—Maestro —le dice Lupita, la hija de Esperanza, la que ya tiene trece años y ya sabe contar camionetas—. ¿Usted por qué no se va?

—Porque alguien tiene que quedarse a contar la historia.

—¿Pero qué historia va a contar si ya no va a haber nadie que la escuche?

Rutilio mira a la niña y ve en sus ojos la misma pregunta que se hace todas las noches. La pregunta que no tiene respuesta pero que hay que hacerse de todas formas. La pregunta que duele pero que es necesaria: ¿para qué sirve un maestro en un lugar donde ya no hay futuro que enseñar?

—Porque las historias no se cuentan solo para los que las escuchan. Se cuentan también para los que las viven. Y para los que las van a encontrar cuando ya no estemos.

—¿Y si nadie las encuentra?

—Entonces por lo menos nosotros las habremos contado.

Lupita se queda callada. No porque entienda completamente lo que el maestro le dice, sino porque intuye que hay cosas que se entienden con el tiempo, con el dolor, con la pérdida. Cosas que solo se entienden cuando ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Don Abundio cierra la cantina más temprano de lo normal. No porque no haya clientes, sino porque los clientes que quedan ya no son los de antes. Ya no son los hombres que venían a tomarse una cerveza después del trabajo, a platicar de la cosecha, a quejarse del gobierno de una manera que todavía tenía esperanza.

Ahora son hombres que llegan callados, que beben rápido, que pagan sin mirar a los ojos. Hombres que hablan en clave, que miran hacia la puerta cada cinco minutos, que cargan bultos bajo la camisa. Hombres que han convertido la cantina en oficina, en centro de operaciones, en lugar de negocios que no aparecen en ningún libro de contabilidad.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir así? —le pregunta a Macedonio, que está sentado en la barra con su whisky de siempre, pero que ya no es el mismo hombre que era hace un año.

—Hasta que nos acostumbremos —responde Macedonio, y las palabras suenan como sentencia de muerte.

—¿Y si no nos acostumbramos?

—Entonces nos vamos a morir sin acostumbrarnos.

Don Abundio sirve otro trago. El whisky se ve igual que siempre, pero sabe diferente. Sabe a rendición, a dignidad perdida, a pueblos que se venden por supervivencia. Sabe al sabor que tienen las cosas cuando ya no son lo que eran sino lo que tuvieron que volverse.

En su cocina, Esperanza está contando el dinero que le mandó su hijo mayor desde el norte. Billetes arrugados, sucios, que huelen a miedo y a distancia. Billetes que representan platos lavados, pisos trapeados, humillaciones tragadas. Billetes que son cartas de amor escritas en un idioma que solo entienden las madres que han perdido a sus hijos sin que se hayan muerto.

—¿Cuánto mandó? —le pregunta Lupita.

—Suficiente para que comamos este mes.

—¿Y el que sigue?

—El que sigue ya veremos.

Esperanza no dice que cada peso que cuenta es una oración. Que cada billete que separa es un ruego para que su hijo no se olvide de quién es, de dónde viene, de que tiene una madre que lo espera.

No dice que el dinero le quema las manos porque sabe que está pagado con lágrimas, con nostalgia, con noches sin dormir en un país que no es suyo.

No dice que preferiría morirse de hambre antes que vivir de la tristeza de su hijo. Pero lo piensa. Lo piensa cada noche, cada vez que cuenta los billetes, cada vez que ve la cara de Lupita y se pregunta si también la va a perder.

A las dos de la tarde llegan las camionetas a la escuela. Tal como había dicho el hombre por teléfono. Cuatro camionetas negras que se estacionan en el patio donde antes los niños jugaban a las escondidas. De ellas bajan hombres armados que caminan como si fueran los dueños de todo lo que ven.

Macedonio está ahí, esperando. También el maestro Rutilio, que fue obligado a presentarse. También algunos padres de familia, los que todavía quedan en el pueblo, los que no se fueron en ninguna de las dos caravanas.

—Buenos días —dice el que parece el jefe, un hombre gordo con playera de los Pumas y cadena de oro—. Venimos a hablar con ustedes sobre el futuro de sus hijos.

El futuro. Como si hubiera futuro. Como si hubiera opciones. Como si lo que van a anunciar fuera una propuesta y no una orden.

—Sabemos que muchos muchachos se fueron hoy. Está bien. Entendemos. Pero para los que se quedaron, tenemos oportunidades. Trabajo bien pagado, respeto, futuro asegurado.

Trabajo. Respeto. Futuro. Palabras que suenan hermosas cuando las dice un hombre armado rodeado de otros hombres armados en el patio de una escuela donde ya no hay niños.

—No venimos a obligar a nadie. Venimos a ofrecer. Los muchachos entre quince y veinte años que quieran trabajar con nosotros, van a tener todas las facilidades. Casa, comida, dinero para sus familias. Lo único que pedimos es lealtad.

Lealtad. La palabra flota en el aire como humo tóxico. Lealtad a qué. Lealtad a quién. Lealtad hasta dónde.

—¿Hay preguntas?

Nadie pregunta nada. ¿Qué van a preguntar? ¿Si pueden decir que no? ¿Si sus hijos van a seguir siendo sus hijos? ¿Si van a poder dormir en paz sabiendo en qué trabajan?

—Perfecto. Entonces nos vamos entendiendo. Mañana pasamos por los muchachos que estén interesados. Y no se preocupen. Los vamos a cuidar como si fueran nuestros hijos.

Los hombres se van como llegaron, sin hacer ruido, sin dejar rastro. El patio de la escuela se queda vacío, pero el aire sigue oliendo a amenaza, a futuros cancelados, a infancias que se van a terminar mañana.

El maestro Rutilio se queda solo, mirando el pizarrón donde todavía está escrita la tarea del día: "Redacción: ¿Cómo imaginas tu futuro?". Se acerca y la borra. No porque haya terminado la clase, sino porque ya no tiene sentido preguntarles a los niños cómo imaginan su futuro cuando su futuro ya está decidido.

Puedo ver cómo El Cerro de las Águilas se va vaciando. Cómo los que pueden se van, cómo los que no pueden se quedan, cómo los que se quedan dejan de ser ellos mismos. Puedo ver cómo el pueblo se convierte en una fábrica de ausencias, en una máquina de producir olvido.

Puedo ver cómo las madres cuentan a sus hijos todas las noches, sabiendo que mañana pueden ser menos. Cómo los padres se emborrachan más temprano cada día, para no pensar en lo que está pasando con sus familias.

Cómo los niños que quedan aprenden a no hacer ruido, a no llamar la atención, a no existir.

Y puedo ver también cómo algunos, los menos, los más tercos, los más necios, se quedan no porque tengan esperanza, sino porque la esperanza es un lujo que no se pueden permitir. Se quedan porque alguien tiene que quedarse. Porque alguien tiene que ser testigo. Porque alguien tiene que contar la historia.

El maestro Rutilio cierra la escuela y guarda las llaves en el bolsillo. Mañana las va a volver a sacar, va a volver a abrir la puerta, va a volver a barrer el salón.

Va a hacer como si todavía hubiera estudiantes, como si todavía hubiera futuro, como si todavía valiera la pena enseñar.

Porque a veces, resistir es solo eso: seguir abriendo la puerta aunque nadie vaya a entrar. Seguir barriendo el salón aunque nadie lo vaya a ocupar. Seguir siendo maestro aunque ya no haya quién aprender.

El sol se pone sobre El Cerro de las Águilas como se pone sobre los cementerios: con tristeza, con resignación, con la certeza de que mañana va a salir sobre un lugar diferente. Un lugar con menos gente, con menos esperanza, con menos razones para seguir llamándose pueblo.

Los que se quedaron y los que se fueron. Al final, todos se van. Unos con el cuerpo, otros con el alma. Unos hacia el norte, otros hacia la montaña. Unos buscando vida, otros aceptando la muerte.

Al final, El Cerro de las Águilas se queda solo. Solo conmigo, que ya no puedo irme porque ya no tengo a dónde ir. Solo con los muertos que custodian la memoria de lo que fue.

Y desde esta loma de cruces y recuerdos, veo cómo el último día de El Cerro de las Águilas se convierte en la primera noche de algo que ya no tiene nombre.

Algo que duele como pueblo perdido. Algo que grita como patria herida. Algo que llora como madre sin hijos.

Los que se quedaron y los que se fueron. Al final, todos somos los que se fueron. Al final, nadie se queda.

Excepto la memoria. Excepto las palabras. Excepto esta historia que alguien, algún día, va a tener que contar.

Epílogo

"El eterno retorno"

Han pasado tres años desde que me enterraron sin nombre, sin cruz, sin lágrimas. Tres años en los que he visto cómo mi pueblo se convierte en algo que ya no reconozco, pero que tampoco he dejado de amar. Algo que ya no es pueblo sino territorio ocupado, pero que sigue siendo mi hogar porque es donde aprendí que la patria no se mide en mapas sino en memoria.

Hoy es diferente. Hoy puedo ver algo que se mueve en la carretera, algo que no son las camionetas de siempre, que no son los hombres de siempre, que no es el miedo de siempre. Es una caravana de carros viejos, de familias que cargan colchones, de niños que lloran sin entender por qué se van de su casa.

Son los últimos. Los que se resistieron hasta el final. Los que dijeron "este es mi lugar" hasta que el lugar dejó de ser suyo. Los que creyeron que si se quedaban callados, si no molestaban, si fingían que no veían nada, los iban a dejar en paz.

Doña Remedios va en el primer carro. La misma que hace tres años mandó a Joaquinito al norte con quinientos pesos y una bendición. Ahora se va ella también, pero ya no tiene quinientos pesos. Solo tiene las llaves de una casa que ya no es suya, los papeles de una propiedad que ya no vale nada, los recuerdos de un hijo que escribió dos cartas y después se convirtió en silencio.

—¿A dónde vamos, abuela? —pregunta una niña desde el asiento de atrás.

—A cualquier lugar donde nos dejen existir —responde doña Remedios, pero su voz ya no tiembla como antes. Ahora suena firme, como si hubiera entendido algo importante sobre la dignidad de irse cuando quedarse es muerte.

Esperanza va en el segundo carro. La misma que cuidaba a sus hijos como si fueran de cristal, que contaba camionetas, que guardaba el dinero manchado de lágrimas que le mandaban del norte. Ahora ya no tiene hijos que cuidar aquí. Uno se quedó del otro lado de la frontera y encontró trabajo honesto en una cocina de Texas. Otro regresó de la montaña convertido en extraño, pero vivo. Lupita, la que hacía preguntas, la que contaba camionetas, la que quería entender, ya no hace preguntas. Pero tampoco ha dejado de buscar respuestas.

La niña va callada, mirando por la ventana, viendo cómo se aleja todo lo que conoce. Tiene dieciséis años y los ojos de una mujer de cincuenta. Pero también tiene algo más: la certeza de que irse no es rendirse, sino elegir dónde y cómo resistir.

El maestro Rutilio va en el tercer carro. El mismo que decía que alguien tenía que quedarse a contar la historia. El mismo que abría la escuela aunque no hubiera estudiantes. Pero ahora carga algo más valioso que las llaves de una escuela: carga los cuadernos de sus alumnos, las tareas donde escribieron sus sueños, las redacciones donde imaginaron futuros que nadie les pudo robar completamente.

—¿Maestro? —le pregunta el hombre que maneja, don Abundio, el de la cantina, mi tío Abundio, que se va sin saber que su sobrino se queda para siempre en este lugar, cuidando la memoria de lo que fuimos.

—¿Sí?

—¿Usted cree que algún día podamos regresar?

Rutilio mira hacia atrás, hacia El Cerro de las Águilas que se va haciendo pequeño en la distancia. Ve las antenas que han puesto en la montaña, las casas nuevas que han construido, los caminos que han pavimentado. Ve un lugar que ya no es el suyo, pero que tampoco ha dejado de ser su responsabilidad.

—Tal vez nosotros no —dice finalmente—. Pero nuestros hijos sí. O los hijos de nuestros hijos. Porque las tierras se pueden robar, pero las raíces no. Y nosotros somos las raíces de este lugar.

—¿Y si no hay hijos?

—Los habrá. Porque la vida siempre encuentra la manera de continuar. Porque la esperanza es más terca que la muerte.

La caravana sigue avanzando. Diez carros, quince familias, los últimos testigos de lo que fue El Cerro de las Águilas. Pero no los últimos mexicanos de este pedazo de México, porque llevamos México con nosotros, en la sangre, en la memoria, en la manera de entender que la patria no es el lugar donde nacimos sino el lugar donde aprendimos a amar.

Puedo ver también lo que llega. Camionetas nuevas, hombres nuevos, una bandera nueva que no es la nuestra. Puedo ver cómo instalan generadores de luz, cómo conectan internet, cómo traen máquinas que no son para trabajar la tierra sino para trabajar otras cosas.

Puedo ver cómo El Cerro de las Águilas se convierte en empresa, en negocio, en territorio liberado donde las leyes de México ya no aplican. Pero también puedo ver que hay algo que no pueden comprar, algo que no pueden ocupar, algo que no pueden controlar: la verdad de lo que pasó aquí.

Los nuevos pobladores llegan con prisa, con dinero, con armas. Llegan a ocupar casas que no construyeron, a trabajar tierras que no sembraron, a vivir en un lugar cuya historia no conocen. Pero no pueden llegar a nuestros recuerdos. No pueden ocupar nuestras palabras. No pueden controlar nuestras historias.

—¿Cómo se llama este lugar? —pregunta uno de los recién llegados.

—Ya no se llama —responde el que parece el jefe—. Ya no tiene nombre. Ahora es territorio liberado.

—¿Territorio liberado de qué?

—De México.

Las palabras flotan en el aire como humo tóxico. Territorio liberado de México. Como si México fuera una enfermedad de la que había que curarse. Como si ser mexicano fuera un defecto que había que corregir.

Pero se equivocan. México no está en los mapas ni en las banderas ni en los edificios de gobierno. México está en la manera como doña Remedios abraza a su nieta antes de subirse al carro. México está en la forma como el maestro Rutilio guarda los cuadernos de sus alumnos. México está en el valor de don Abundio, que cierra su cantina pero no olvida las historias que se contaron ahí.

México está en nosotros, los que nos vamos llevándonos la verdadera patria. México está en los que se fueron antes, repartidos por el mundo pero unidos por algo más fuerte que las fronteras. México está en los que vendrán después, porque siempre hay un después cuando se lucha por la dignidad.

Y entonces entiendo finalmente mi naturaleza y mi misión. No soy solo un muerto que cuenta historias. Soy la memoria de un pueblo, pero también soy la semilla de su regreso. Soy el testimonio de lo que perdimos, pero también la promesa de lo que vamos a recuperar.

Soy la prueba de que hubo un lugar que se llamaba El Cerro de las Águilas, donde vivió gente que se llamaba mexicanos, que amaron esta tierra como se ama a la madre. Soy la prueba de que nos quitaron el lugar, pero no nos quitaron el amor. Nos quitaron las casas, pero no nos quitaron los hogares. Nos quitaron la tierra, pero no nos quitaron las raíces.

Porque las raíces viajan. Las raíces se adaptan. Las raíces encuentran nueva tierra donde crecer, pero nunca olvidan la tierra donde nacieron.

Los que se van de El Cerro de las Águilas no son derrotados. Son semillas que el viento esparce para que la vida continúe en otros lugares. Son la prueba de que ningún lugar se puede matar completamente mientras quede alguien que lo recuerde con amor.

Doña Remedios llegará a algún lugar y pondrá una ofrenda el Día de Muertos. Y en esa ofrenda habrá un lugar para los muertos de El Cerro de las Águilas. Y sus nietos aprenderán que sus antepasados vivieron en un pueblo que se llamaba así, que estaba en México, que era hermoso antes de que llegaran los que lo destruyeron.

El maestro Rutilio conseguirá trabajo en otra escuela, en otro pueblo, en otro estado. Y ahí les enseñará a otros niños la historia de México. Y cuando hable de los pueblos olvidados, hablará de El Cerro de las Águilas. Y algunos de esos niños crecerán sabiendo que hay lugares que hay que recordar, historias que hay que contar, dignidades que hay que defender.

Esperanza encontrará una casa donde vivir con Lupita. Y ahí le enseñará a su hija que ser mexicano no es haber nacido en México, sino cargar México en el corazón. Y Lupita tendrá hijos, y a esos hijos les contará la historia de un pueblo donde su madre aprendió a contar camionetas, pero también aprendió a contar esperanzas.

Y yo seguiré aquí, en esta loma de cruces y recuerdos, no como guardián de un cementerio sino como custodio de una promesa. La promesa de que algún día, cuando menos se espere, cuando los que ocuparon este lugar se sientan más seguros, aparecerá alguien que dirá: "Yo vengo de El Cerro de las Águilas."

Y ese alguien traerá consigo la memoria de lo que fue este lugar. Traerá los nombres de los que vivieron aquí, las historias de los que amaron aquí, los sueños de los que murieron aquí. Y con esa memoria construirá algo nuevo, algo que sea digno del lugar que perdimos.

Porque ése es mi eterno retorno. No regresar como fantasma, sino regresar como semilla. No volver para recuperar lo que fue, sino para construir lo que puede ser. No retornar como el pasado, sino como el futuro que nace del pasado.

El Cerro de las Águilas no morirá mientras yo lo recuerde. México no morirá mientras sus hijos lo carguen en el corazón. La dignidad no morirá mientras haya alguien dispuesto a defenderla, aunque sea solo con palabras, aunque sea solo con memoria, aunque sea solo con amor.

Desde esta loma donde ahora descanso, veo el amanecer que siempre llega, aunque la noche haya sido muy larga. Veo el horizonte donde nace la esperanza, aunque el presente sea pura oscuridad. Veo el futuro que viene, aunque el presente parezca eterno.

Y en ese futuro veo niños jugando en un lugar que volverá a llamarse El Cerro de las Águilas. Veo mujeres caminando sin miedo por calles que volverán a ser nuestras. Veo hombres trabajando tierras que volverán a dar maíz. Veo maestros enseñando en escuelas donde se podrá volver a preguntar por el futuro.

No sé cuándo será. Tal vez en diez años, tal vez en cincuenta, tal vez en cien. Pero será. Porque la dignidad es más fuerte que el miedo. Porque la memoria

es más duradera que la violencia. Porque el amor es más poderoso que el odio.

Y cuando sea, cuando llegue ese día, yo estaré aquí para recibirlos. Para contarles la historia de lo que pasó. Para entregarles las llaves de la memoria. Para decirles: "Bienvenidos a casa. Los estábamos esperando."

Porque ése es el eterno retorno de los pueblos dignos: se van, pero siempre regresan. Pierden las batallas, pero nunca pierden la guerra. Mueren, pero nunca se mueren.

Como México. Como El Cerro de las Águilas. Como todos nosotros, que llevamos la patria por dentro y algún día la vamos a parir otra vez.

En un lugar que volverá a tener nombre. En un tiempo que volverá a tener esperanza. En una tierra que volverá a ser nuestra.

Para siempre.